

LOS LIBROS CONDENADOS

Jacques
Bergier

Lo
ti
Va



Arpon Files 2013

Título original:

LES LIVRES MAUDITS

Traducción de

J. FERRER ALEU

Portada de

R. MONTAÑOLA

© Editions J'al Lu, 1971

© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33

Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain

Impreso en España

Depósito Legal: B. 10.019 - 1975

ISBN: 84-01-44093-9

GRAFICAS GUADA, S. A.

—

Virgen de Guadalupe, 33

Esplugas de Llobregat (Barcelona)

PRÓLOGO

LOS HOMBRES DE NEGRO



Parece fantástico imaginar que exista una Santa Alianza contra el saber, una sinarquía organizada para hacer desaparecer ciertos secretos. Sin embargo, esta hipótesis no es más fantástica que la de la gran conspiración nazi. Sólo ahora nos damos cuenta de hasta qué punto era perfecta la organización del Orden Negro, de hasta qué punto eran numerosos sus afiliados en todos los países del mundo, de hasta qué punto estuvo esta conspiración a punto de triunfar.

Por esto no hay que rechazar *a priori* la hipótesis de una conspiración más antigua.

Evidentemente, el tema del libro condenado, destruido por sistema a lo largo de la Historia, inspiró a muchos novelistas, como H. P. Lovecraft, Sax Rohmer y Edgar Wallace. Sin embargo, este tema no es exclusivamente literario. Esta destrucción sistemática es tan real que podemos preguntarnos si no existe una conspiración permanente que se propone impedir que el saber humano se desarrolle con demasiada rapidez. Coleridge estaba convencido de que existía esta conspiración, y llamaba «personas de Porlock» a sus miembros. Este nombre le recordaba la visita de un personaje venido del pueblo de Porlock y que le impidió realizar un trabajo muy importante que estaba llevando a cabo.

Encontramos huellas de esta conspiración,

tanto en la historia de China o de la India, como en la de Occidente. Por esto hemos creído necesario reunir toda la información posible acerca de algunos de estos libros condenados y de sus adversarios.

Vamos a dar, ante todo, algunos ejemplos de libros condenados. En 1885, el escritor Saint-Yves d'Alveydre recibió la orden, so pena de muerte, de destruir su última obra: *Misión de la India en Europa y Misión de Europa en Asia. La cuestión de los Mahatmas y su solución.*

Saint-Yves d'Alveydre obedeció la orden. Sin embargo, un ejemplar escapó a la destrucción, y, gracias a este ejemplar único, en 1909 el editor Dorbon, *el Viejo*, reeditó la obra, con una tirada muy limitada. Pero, en 1940, los alemanes, desde su entrada en Francia y en París, destruyeron todos los ejemplares que encontraron de esta edición. Es muy dudoso que quede uno solo de ellos.

En 1897, los herederos del escritor Estanislao de Guaita recibieron la orden, bajo pena de muerte, de destruir cuatro manuscritos inéditos del autor sobre la magia negra, así como sus archivos. La orden fue cumplida, y nada queda de estos manuscritos.

En 1933, en Alemania, los nazis quemaron la totalidad de los ejemplares del libro sobre los rosacruces, *Die Rosenkreuzer, Zur Geschichte einer Reformation.*

Una edición de este libro reapareció en 1970, pero nada demuestra que sea fiel al original.

Podría multiplicar estos ejemplos, pero el lector los encontrará en número suficiente a lo largo de esta obra.

¿Quiénes son los enemigos de estos libros condenados? Supongamos la existencia de un grupo al que llamaré los «Hombres de Negro». Esta denominación se me ocurrió al ver, en todas las conferencias sobre el tema a las que asistí, un grupo de hombres vestidos de negro y de siniestro aspecto, que siempre eran los mismos. Creo que estos «Hombres de Negro»

son tan antiguos como la civilización; opino que pueden citarse, entre sus miembros, al escritor francés Joseph de Maistre y a Nicolás II de Rusia.

A mi modo de ver, su papel consiste en impedir una difusión demasiado rápida y extensa del saber, difusión que pudo provocar la destrucción de las civilizaciones que precedieron a la nuestra. Al mismo tiempo que la huella de estas civilizaciones, nos ha quedado, creo yo, una tradición cuyo principio consiste en sostener que el saber puede ser terriblemente peligroso. Las técnicas de conservación de la magia y de la alquimia comparten, al parecer, este punto de vista.

Se puede comprobar, también, que la ciencia moderna confiesa, hoy, que, en ocasiones, puede llegar a ser excesivamente peligrosa. Michel Magat, profesor del «Collège de France», declaró no hace mucho, en una obra colectiva sobre los armamentos modernos (Flammarion): «Tal vez hay que admitir que toda la ciencia está condenada.»

El gran matemático francés A. Grothendieck escribió en el primer número del boletín *Survivre*, refiriéndose a los posibles efectos de la ciencia: «*A fortiori*, si piensan ustedes en la desaparición de la Humanidad dentro de los próximos decenios (tres mil millones de hombres, tres mil millones de años de evolución biológica...), es algo demasiado enorme para ser concebible, es una abstracción absolutamente nula en contenido emotivo y, por tanto, imposible de ser tomada en serio. Se lucha por los aumentos de salario, por la libertad de expresión, contra la discriminación en las Universidades, contra la burguesía, el alcoholismo, la pena de muerte, el cáncer, el racismo; en rigor, contra la guerra en Vietnam o contra la guerra a secas. Pero, ¿y la aniquilación de la vida sobre la Tierra? Esto rebasa la comprensión de todos y cada uno de nosotros; es algo "irreali-

zable". Casi nos avergonzamos de hablar de ello, para no parecer sospechosos de buscar efectos fáciles recurriendo a un tema que, sin embargo, es todo lo antiefectista que se pueda imaginar.»

Y añade:

«Actualmente, cuando nos enfrentamos con el peligro de extinción de toda vida sobre la Tierra, este mismo mecanismo irracional se opone a la comprensión de este peligro, y a las reacciones de defensa necesarias, por la mayoría de nosotros, incluidas las "élites" intelectuales y científicas de todos los países. Sólo podemos esperar que pueda ser vencido por algunos, gracias a un esfuerzo sostenido y a la toma de conciencia de tales mecanismos inhibidores.»

Después de haberse escrito este texto, y en fechas muy recientes, he oído muchas veces, en los congresos científicos, exponer la idea de que los descubrimientos demasiado peligrosos tenían que ser censurados o prohibidos. A principios del corriente año, y en la reunión de la «Asociación Inglesa para el Progreso de las Ciencias», se citó, como ejemplo de descubrimiento que había que censurar, la posibilidad de que las distintas variedades de la especie humana no tengan la misma inteligencia. Sabios de primera categoría afirmaron que este descubrimiento fomentaría el racismo en tales proporciones que era preciso impedir por todos los medios su publicación. Sería, pues, bien visto que algunos sabios eminentes de nuestros días se pasaran al campo de los «Hombres de Negro».

En efecto, parece que estos descubrimientos, demasiado peligrosos para ser revelados, existen tanto en las ciencias llamadas exactas como en las llamadas ciencias falsas y a las que yo prefiero llamar paraciencias.

Però hace muchísimo tiempo que se practica la lestrucción sistemática de libros o docu-

mentos sobre descubrimientos peligrosos, antes o en el momento mismo de su publicación. Así ha sido, a lo largo de toda la Historia. Y esto es lo que vamos a intentar demostrar.

CAPÍTULO PRIMERO

EL LIBRO DE TOTH

Sir Mortimer Wheeler, célebre arqueólogo inglés, pudo escribir: «La arqueología no es una ciencia, sino una *vendetta*.»

Esta afirmación es sobre todo cierta en el campo de la arqueología egipcia, donde luchan ferozmente los arqueólogos románticos contra los arqueólogos clásicos. Según los clásicos, la arqueología egipcia no plantea ningún problema, y se descubre en ella una transición continua del neolítico a una forma de civilización más avanzada, transición que se efectúa de un modo absolutamente natural. En cambio, para los arqueólogos románticos y para los investigadores independientes, que no pertenecen al clan de la arqueología oficial, el antiguo Egipto es mucho más importante, y los problemas no resueltos, mucho más numerosos de lo que se cree. Entre estos adversarios de la arqueología clásica egipcia, elegiré dos nombres: René Schwaller de Lubiez y C. Daly King. El primero, nacido en 1891 y muerto en 1961, escribió, entre otras, las siguientes y notables obras: *Aor, Adam, l'homme rouge* (edición privada, no puesta a la venta, 1925); *L'appel du feu* (edición privada, no puesta a la venta); *Aor, sa vie, son*

œuvre (París, «Éditions de la Colombe», 1963); *Le roi de la théocratie pharaonique* (París, «Flammarion», 1961); *Le miracle égyptien* (París, «Flammarion», 1963); *Le temple de l'homme Apet du Sud à Louksor* (en depósito en la casa «Dervy», París, 1957, 3 vols.); *Propos sur ésotérisme et symbolisme* (París, «La Colombe», 1960), así como diversos artículos en los *Cahiers du Sud*, de Marsella, principalmente en el número 358. En principio, fue pintor, discípulo de Matisse. Durante la Gran Guerra, fue químico militar, y la química le condujo a la alquimia. Entonces constituyó un grupo denominado la *Fraternité des Veilleurs*, del que formaron parte, como nombres principales, Henri de Régnier, Paul Fort, André Spire, Henri Barbusse, Vincent d'Indy, Antoine Bourdel, Fernand Léger y Georges Polti.

Dentro de este grupo, un círculo esotérico cerrado, los «Hermanos de la Orden Mística de la Resurrección», estudiaba ciertos problemas, entre ellos el de las civilizaciones desaparecidas. Schwaller de Lubiez, que fijó su residencia en Saint-Morit; después en Palma de Mallorca y luego en Luxor, estudió los secretos de Egipto.

Algunos egiptólogos, como Alexandre Varille, aceptaron su punto de vista; en cambio, otros se opusieron violentamente a él, y empezó una contienda que todavía dura.

C. Daly King fue un sabio en el sentido literal de la palabra, psicólogo materialista, autor de tres tratados clásicos utilizados en la enseñanza anglosajona: *Beyond Behaviorism* (1927), *Integrative Psychology*, en colaboración con W. M. y H. E. H. Marston (1931) y *The psychology of consciousness* (1932).

C. Daly King presentó en Yale, en 1946, una tesis para el doctorado en Física, sobre los fenómenos electromagnéticos que se producen durante el sueño. Después, se dedicó al estudio de los estados superiores de conciencia, estados en el curso de los cuales se está más despierto que en la vigilia normal, y ello le llevó a es-

cribir otro libro clásico: *The states of human consciousness* (University Books, Nueva York, 1963).

Murió cuando estaba corrigiendo las pruebas de este libro y preparando una obra importante sobre las ciencias del espíritu en el antiguo Egipto (1).

Tal vez lo único que tuvieron en común Schwaller de Lubicz y C. Daly King fue el elevado nivel de sus conocimientos científicos. Sin embargo, estas dos mentalidades tan distintas coinciden en dos conclusiones esenciales. En primer lugar, la considerable antigüedad de la civilización egipcia, que se remonta al menos a 20.000 años y tal vez a 40.000; en segundo lugar, la gran altura de los conocimientos en el antiguo Egipto, tanto en lo concerniente al universo exterior como en lo tocante al espíritu humano. Comparemos este punto de vista con el de la arqueología oficial. Un portavoz serio y reconocido de los arqueólogos oficiales, Leonard Cottrell, escribió, en *The Penguin books of lost worlds*: «Algo ocurrió que, en un tiempo extraordinariamente corto, transformó el conglomerado de tribus semiárabes que vivían a orillas del Nilo en un Estado altamente civilizado que duró 3.000 años. En cuanto a la naturaleza de lo que sucedió, sólo podemos tratar de adivinarlo. Pero las pruebas arqueológicas nos proporcionaron numerosos indicios, y podemos esperar que futuros descubrimientos vengan a llenar las lagunas existentes.»

Los arqueólogos románticos y los disidentes replican diciendo que jamás se produjo esta transformación brutal. Según ellos, la civilización egipcia no tiene absolutamente nada que ver con los primitivos que pertenecieron a su misma época, como los primitivos de Nueva Guinea pertenecen a la nuestra. Según ellos, los

(1) Hay que decir, como dato curioso, que C. Daly King escribió también novelas policíacas que fueron traducidas en Francia antes de la guerra y publicadas en la colección «L'Émouvante».

orígenes de la civilización egipcia deben buscarse en otra parte y no han sido todavía descubiertos.

La mayoría de los arqueólogos del África liberada comparten esta opinión, y algunos de ellos piensan incluso que los antiguos egipcios eran negros y que hay que buscar en África los orígenes secretos de Egipto.

Para estudiar el problema del *Libro de Toth* debemos situarnos en esta hipótesis de una antiquísima civilización preegipcia.

Toth es un personaje mitológico, más divino que humano, el cual, según todos los documentos egipcios que poseemos, fue anterior a Egipto. En el instante del nacimiento de la civilización egipcia, hay que suponer que los sacerdotes y los faraones poseían el *Libro de Toth*, que era, probablemente, un rollo o una serie de hojas que contenían todos los secretos de los diversos mundos y daban un poder considerable a sus poseedores.

2.500 años a. de J. C., los egipcios conocían ya la escritura y componían libros. Estos libros se escribían en papiros. La palabra biblia, que quiere decir libro, se deriva del nombre del puerto libanés de Biblos, que era el principal puerto de exportación de rollos de papiro. En la literatura egipcia del 2500 a. de J. C., encontramos ya tratados de ciencia y de medicina, textos religiosos ¡e incluso obras de ciencia-ficción!

Por ejemplo, el relato de las aventuras del faraón Snofru, padre de Keops, es una verdadera novela de anticipación, con extraordinarios inventos, monstruos y máquinas. Podría haber sido publicada en nuestros días.

El *Libro de Toth* debía de ser, pues, un papiro antiquísimo, copiado en secreto en sucesivas ocasiones, y cuya antigüedad se remontaría a 10.000 ó quizás a 20.000 años. Pero un objeto material no es en modo alguno un símbolo.

Un objeto material que podía ser destruido,

principalmente, por el fuego. Veamos lo que fue de él.

Pero lijémonos ante todo en el propio Toth. Éste es representado como un ser humano con cabeza de ibis. Tiene en la mano una pluma de caña y una paleta con la tinta que se utilizaba para escribir sobre pergamino. Sus otros dos símbolos son la luna y el mono. Según la tradición más antigua, inventó la escritura y actuó de secretario en todas las reuniones de los dioses.

Está asociado con la ciudad de Hermópolis, de la que sabemos muy poco, y con unos reinos subterráneos de los que aún sabemos menos. Más tarde, Toth será identificado con Hermes.

Transmitió la escritura a la Humanidad y escribió un libro fundamental, el famoso *Libro de Toth*, el más antiguo de todos los libros antiguos, que contenía el secreto del poder ilimitado.

La primera alusión a este libro aparece en el papiro de Turis, descifrado y publicado en París, en 1868. Este papiro relata una conspiración mágica contra el Faraón, conspiración encaminada a aniquilarlo, junto con sus principales consejeros, por medio de hechizos practicados con figuritas de cera construidas a su imagen y semejanza. La represión fue terrible. Cuarenta funcionarios y seis encumbradas damas de la Corte fueron condenados a muerte y ejecutados. Otros se suicidaron. Entonces, el libro condenado de Toth fue quemado por primera vez.

Este libro reaparece más tarde en la historia de Egipto, en manos de Kanuas, hijo de Ramsés II. Por lo visto, éste poseía el original, escrito de puño y letra de Toth, y no por un escriba. Según los documentos, este libro enseñaba la manera de mirar al sol cara a cara. Confería poder sobre la tierra, el océano y los cuerpos celestes. Daba la facultad de interpretar los medios secretos utilizados por los animales para comunicarse entre ellos. Permitía resuci-

tar los muertos y obrar a distancia. Todo esto nos lo refieren los documentos egipcios de la época.

Naturalmente, un libro como éste constituye un peligro insoportable. Kanuas quema el libro original, o pretende hacerlo. Como el mismo texto dice que el libro, nacido del fuego, es incombustible, el relato es contradictorio. Pero, si se produjo realmente esta «desaparición», la misma fue sólo provisional. El libro reaparece en las inscripciones de la «estela Metternich», llamada así porque fue regalada a Metternich por Mohamed Alí Bajá. Fue descubierta en 1828, y data del año 360 a. de J. C. A escala de la historia egipcia es, pues, un documento moderno. Parece, además, que protege contra la mordedura de los escorpiones, virtud difícilmente comprobable, puesto que los escorpiones son muy raros en Austria. En todo caso, aparecen representados en esta estela más de trescientos dioses y, entre ellos, los dioses de los planetas que giran alrededor de otros astros. No invento nada: la mayoría de los descifradores modernos de la «estela Metternich» dicen que interesaría mucho a los autores de ciencia-ficción.

El propio Toth anuncia, en esta estela, que hizo quemar su libro y que expulsó al demonio Set y a los siete señores del mal.

Esta vez, la cuestión parece solventada. En el año 360 a. de J. C., el *Libro de Toth* es solemnemente destruido. Sin embargo, la historia no ha hecho más que empezar. A partir del año 300 a. de J. C., vemos aparecer de nuevo a Toth, identificado esta vez con Hermes Trismegisto, fundador de la alquimia. Todo mago que se respete, particularmente en Alejandría, alardea de poseer el *Libro de Toth*; pero este libro no aparece nunca: cada vez que un mago se jacta de poseerlo, un accidente pone fin a su carrera.

Entre principios del siglo I a. de J. C. y finales del II d. de J. C., aparecen numerosos libros que constituyen, en su conjunto, el *Corpus her-*

meticum. A partir del siglo v, estos textos son coleccionados, y encontramos en ellos referencias al *Libro de Toth*, pero nunca una indicación precisa que permita encontrarlo. Los textos más célebres de esta serie son los titulados *Asclepius*, *Koré Kosmou* y *Poimandres*. Todos se refieren al libro de Toth, pero ninguno lo cita directamente, ni dice cómo puede consultarse.

Sin embargo, el *Asclepius* nos brinda extrañas imágenes del poder de las civilizaciones desaparecidas.

«Nuestros antepasados habían descubierto el arte de crear dioses. Construyeron estatuas, y, como no sabían crear almas, llamaron a los espíritus de los demonios y de los ángeles, y los introdujeron, gracias al misterio sagrado, en las imágenes de los dioses, de modo que estas estatuas recibieron el poder de hacer el bien y el mal.»

De este modo habrían sido creados los dioses egipcios y el propio Toth.

Creados, ¿por quién? El texto no lo dice. Por la gran civilización que precedió a la de Egipto.

Según el *Asclepius*, estos dioses estaban aún presentes y activos en tiempos de Cristo: «Viven en una gran ciudad de las montañas de Libia, pero no diré más.»

Este conjunto de escritos herméticos puede encontrarse principalmente en el *Corpus hermeticum*, publicado por «Nock et Festugière» (serie Budé, París, 1945-1954). Aun considerados como obras de ciencia-ficción, estos textos excitan vivamente la imaginación. San Agustín y numerosos teólogos y filósofos se interesaron mucho por ellos.

Sin duda alguna estos textos son los que propagaron el *Libro de Toth*. Éste aparece tan a menudo, desde el siglo v de la Era Cristiana hasta nuestros días, que podemos preguntarnos cómo fue reproducido antes de la invención de la imprenta y de la fotografía. La Inquisición lo quemó al menos treinta veces, y se necesi-

taría todo un libro para enumerar los extraños accidentes sufridos por los que se jactaban de poseer el *Libro de Toth*.

Sea lo que fuere, jamás ha sido visto impreso o reproducido de algún modo. En el siglo xv, empezó a circular una leyenda extraña. Según ésta, la sociedad secreta que poseía el *Libro de Toth*, vulgarizó un resumen del mismo, una especie de fichero accesible a todos. Este fichero no sería otra cosa que la famosa baraja de naipes llamados *tarots*. Esta idea se encuentra expresada sin ambages, por primera vez, en un libro de Antoine Court de Gébelin: *Le monde primitif*. Court de Gébelin, hombre de ciencia, miembro de la Academia Real de La Rochelle, publicó esta obra en nueve volúmenes, entre 1773 y 1783. En ella pretende haber tenido acceso a un antiguo libro egipcio, que se libró de la destrucción de Alejandría, y declara, a su respecto: «Contenía, perfectamente conservadas, sus enseñanzas acerca de los más interesantes temas. Este libro del antiguo Egipto es la baraja de los *tarots*, y nosotros lo tenemos por naipes de juego.»

Este pasaje no me parece claro. ¿Quiere decir el autor que había ya una baraja de *tarots* en la Biblioteca de Alejandría? ¿O bien quiere decir que un libro egipcio, salvado del desastre de Alejandría, afirmaba que el juego de *tarots* era un fichero, un resumen de las enseñanzas del *Libro de Toth*?

No lo sé. Lo cierto es que el juego de *tarots* ha sido objeto, particularmente en la época moderna, de estudios muy interesantes, entre ellos el del pintor contemporáneo Baskine, que por desgracia permanece inédito.

Limitándonos al campo de los hechos, observamos que el juego de *tarots* aparece alrededor del año 1100. Se componía, y se compone aún en la actualidad, de 78 cartas, y suele decirse que la baraja de 52 naipes que sirve para jugar, y la que se emplea para adivinar el porvenir son derivadas de aquél. Es una idea pre-

concebida, falsa como la mayoría de las de su clase.

En su origen, estas cartas se llamaban *nabi*, palabra italiana que significa profeta. En cambio, no se conoce la etimología de la palabra *tarot*.

Consideramos con el mayor escepticismo la hipótesis según la cual *taró*, pronunciación francesa de la palabra *tarot*, es un anagrama de *orta*, u *orden del temple*. Con los anagramas, se puede llegar a donde uno quiera. Es posible que los templarios conocieran los *tarots* y los poseyesen, pero nada demuestra que los difundiesen. El bibliotecario de Instrucción Pública en tiempos de Napoleón III, Christian Pitois, dice en su *Histoire de la Magie*, publicada en 1876, que los más importantes secretos científicos de Egipto, anteriores a la destrucción de su civilización, están grabados en los *tarots*, y que éstos encierran lo esencial del *Libro de Toth*.

Ojalá fuese así; pero yo quisiera que me diesen pruebas más convincentes. En símbolos sumamente vagos, como son los *tarots*, puede encontrarse, y efectivamente se ha encontrado, cualquier cosa. Por consiguiente, y hasta que se demuestre lo contrario, la historia del *Libro de Toth* resumido en los *tarots* me parecerá legendaria.

En el siglo XVIII, todo charlatán que se respetase alardeaba de poseer el *Libro de Toth*. Ninguno de ellos pudo mostrarlo, y muchos murieron en las hogueras de la Inquisición por esta causa, hasta el año 1825.

En los siglos XIX y XX, tampoco faltan charlatanes que se jactan de poseer el papiro o el *Libro de Toth* (que, dicho sea de paso, vemos intervenir en la célebre novela de Gaston Leroux, *Le fauteuil hanté*).

Pero nadie se atrevería a publicarlo, porque los accidentes sufridos por sus poseedores han sido demasiado numerosos.

Si existe, como yo creo y como este libro in-

tenta demostrar, una asociación internacional de «Hombres de Negro», ésta debe ser contemporánea del Egipto más antiguo y ejercer su actividad desde aquellos tiempos. Encontramos referencias a este respecto en autores tan serios como C. Daly King, que alude a grupos contemporáneos que poseen y utilizan los secretos del *Libro de Toth*. C. Daly King sostiene que Orage y Gurdjieff formaban parte de tales grupos. Yo no he conocido a Orage, pero sí a Gurdjieff, que era un farsante.

La buena fe de C. Daly King pudo verse sorprendida en este punto particular. Escribe, sin embargo, que es imposible llegar a alcanzar la conciencia superior según el método egipcio con sólo el trabajo personal, y añade que sería sumamente peligroso efectuar un intento de esta naturaleza sin dirección adecuada. Esto podría tener las más graves consecuencias y, sobre todo, producir lesiones.

Según él, «sólo una organización de personas calificadas y eficaces puede enseñar esta técnica, y sólo en el seno de una organización de esta clase puede aplicarse la disciplina apropiada. Aconsejo al lector, con la máxima seriedad, que no se entregue solo a tales experiencias. Sin embargo, esta técnica constituye un medio práctico para la activación de la conciencia humana».

Si existe tal organización, debe poseer necesariamente el *Libro de Toth*, o lo que queda de él. Y, si los egipcios aplicaron al papiro las mismas técnicas de conservación que a las momias, no es en modo alguno absurdo pensar que un papiro pudiese conservarse hasta el siglo XIX, a partir de cuya época pudo ser fotografiado. A menos que la organización de que se trata conociese la fotografía mucho antes del siglo XIX, hipótesis que no debe descartarse.

Thurloe, cuñado de Cromwell y jefe de su policía secreta, parece que empleó en su gabinete negro una técnica análoga a la fotografía.

Pero, ¿se ha podido descifrar este texto? Vol-

vemos a la disputa de los egiptólogos. Sax Rohmer escribió, refiriéndose a los egiptólogos oficiales: «Si los hirviésemos a todos y destilásemos el fluido obtenido de este modo, no extraeríamos un solo miligramo de imaginación.» Esto parece muy cierto. Creo que, al menos allá por los años de 1920, hubo arqueólogos no oficiales realmente capaces de traducir los jeroglíficos. Schwaller de Lubiez parece haber recibido las enseñanzas de tales especialistas. Hasta el punto de que no se puede rechazar *a priori* la existencia de un pequeño grupo, tan despierto en 1971 d. de J. C. como lo estaba en 1971 a. de J. C., que posea algunos elementos de la ciencia secreta.

He aquí, según C. Daly King, un ejemplo de esta ciencia secreta: «En Egipto existían verdaderas escuelas, y la Gran Escuela, que enseñaba en las pirámides, era realmente importante. Su especialidad era el conocimiento objetivo, real, del universo real. Y una de las posibilidades que se ofrecían a los alumnos, gracias a un curso minuciosamente estudiado, era la de utilizar las funciones naturales, pero insospechadas, de su propio cuerpo para transformarlos, de seres subhumanos, como somos todos, en seres verdaderos.

»La Gran Escuela había perfeccionado una ciencia que nosotros no poseemos: la ciencia de la *óptica psicológica*. Esta ciencia permitía estudiar unos espejos que sólo reflejaban lo que había de malo en el rostro que se miraba en él. Este espejo recibía el nombre de *ankh-en-maat*, espejo de la verdad. El candidato que era admitido en la Gran Escuela no veía nada en el espejo, porque se había purificado hasta eliminar todo lo que tenía de malo. Este candidato era llamado *Maestro del espejo puro*.»

Todo esto hace que sintamos afán por saber más. Pero es comprensible que algunos piensen que la Humanidad no está preparada para recibir estos conocimientos, y que una organización de «Hombres de Negro» haga todo lo

posible por impedir la publicación del *Libro de Toth*.

Y, hasta hoy, parece haberlo conseguido.

Como yo no sé lo que contiene este libro, me resulta difícil emitir una opinión. Es posible que existan realmente secretos demasiado peligrosos para ser revelados, y creo, desde luego, que el de la *óptica psicológica* figura entre ellos. Pero existen también personas fanáticas y supersticiosas.

Para que lo sepan los supersticiosos, diremos, entre paréntesis, que se elaboró una estadística exacta de la duración media de la vida de todos los que intervinieron en la apertura de la tumba de Tutankamón; por término medio, su vida fue más larga que la de sus contemporáneos. No admitimos, pues, sin pruebas, todas las historias sobre la tumba maldita y la maldición del Faraón. Lo cierto es que la tumba de Tutankamón fue abierta y completamente registrada.

Por otra parte, cierto papiro egipcio, que anuncia «el conocimiento de todos los secretos del cielo y de la tierra», sólo expone, en realidad, la solución de las ecuaciones de primer grado... Es posible, pues, que los enemigos del *Libro de Toth* dramaticen demasiado la situación.

Pero también es posible que tengan razón.

Lo cierto es que, si existiese una traducción del *Libro de Toth*, con pruebas de autenticidad y fotografías del texto original, todos los editores vacilarían antes de publicarla. Incluso yo.

COMPLEMENTO AL CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO ENCONTRÓ NEFER KA PTAH EL LIBRO DE TOTH

He encontrado este relato ingenuo, pero auténtico, en *The wisdom of the Egyptians*, de Brian Brown (Nueva York, Brentano's, 1928), citado por Lin Carter en la antología *Golden cities, far*.

El papiro egipcio del que fue extraída esta historia tiene unos treinta y tres siglos de antigüedad.

Nefes Ka Ptah encontró la pista del *Libro de Toth* gracias a un antiguo sacerdote. El libro estaba guardado por serpientes y escorpiones y, sobre todo, por una serpiente inmortal. Se hallaba encerrado en una serie de recipientes encajados uno dentro de otro y sumergidos en el fondo de un río. Con la ayuda de un mago, sacerdote de Isis, Nefes Ka Ptah extrajo la caja por medio de un aparato mágico de elevación. Cortó la serpiente inmortal en dos, y enterró las dos mitades en la arena, a suficiente distancia la una de la otra para que no pudiesen unirse de nuevo. Entonces, leyó la primera página del libro, y comprendió el cielo, la Tierra, el abismo, las montañas y el mar, y las lenguas de los pájaros, de los peces y de las

bestias. Leyó la segunda página, y vio lucir el Sol en el cielo nocturno, y, alrededor del Sol, las grandes formas de los dioses mismos.

Después, volvió a su casa, se procuró papiro nuevo y una jarra de cerveza, escribió las fórmulas secretas del *Libro de Toth* en el papiro, las bañó en la cerveza y bebió ésta. De esta manera, poseyó todo el saber del gran mago.

Pero Toth volvió del país de los muertos y se vengó terriblemente. Murió el hijo de Nefer Ka Ptah y, después, murieron éste y su mujer. Nefer Ka Ptah fue enterrado con los honores debidos a un hijo de rey, y el libro secreto de Toth fue enterrado con él.

Por lo visto, no para siempre. Pues el *Libro de Toth* reaparece a lo largo de los siglos. Una leyenda posterior nos dice que la momia de Nefer Ka Ptah, con el *Libro de Toth* apretado entre las manos, fue encontrada por Apolonio de Tiana.

CAPÍTULO II

LO QUE SE DESTRUYÓ EN ALEJANDRÍA

La destrucción de la gran Biblioteca de Alejandría fue llevada a cabo definitivamente por los árabes, el año 646 de la Era Cristiana. Pero esta destrucción había ido precedida de otras, y el encarnizamiento mostrado en la aniquilación de tan fantástico depósito de saber es particularmente significativo.

Al parecer, la Biblioteca de Alejandría fue fundada por Tolomeo I o Tolomeo II. La ciudad lo había sido, como su nombre indica, por Alejandro Magno, en el invierno de 331 a 330 a. de J. C. Pasaron, pues, casi mil años, antes de que la Biblioteca quedase totalmente destruida.

Alejandría fue tal vez la primera ciudad del mundo construida enteramente de piedra, sin utilizar ninguna clase de madera. La Biblioteca se componía de diez grandes salas y varias cámaras aisladas para los estudiosos. Todavía se discute la fecha exacta de su fundación y el nombre de quien la fundó; pero su verdadero fundador, en el sentido de organizador y no simplemente de rey que gobernaba en aquella época, parece haber sido un personaje llamado Demetrio de Falera.

Desde el principio, reunió setecientos mil libros, a los que constantemente añadió otros. Los libros eran comprados por cuenta del rey.

Este Demetrio de Falera, nacido entre 354 y 348 a. de J. C., parece haber conocido a Aristóteles en persona. En 324 a. de J. C., se da a conocer como orador; en 317, es elegido gobernador de Atenas, y, como tal, manda en Atenas durante diez años, desde 317 hasta 307 a. de J. C.

Dictó cierto número de leyes, entre ellas una sobre la restricción del lujo en los entierros. En su época, Atenas contaba con 90.000 ciudadanos, 45.000 extranjeros autorizados y 400.000 esclavos. En lo que atañe a la persona de Demetrio, la Historia nos lo presenta como árbitro de la elegancia en su país: fue el primer ateniense que se decoloró el cabello con agua oxigenada, para que se volviese rubio.

Después fue desposeído del gobierno y partió hacia Tebas. Allí escribió gran número de obras, una de las cuales, que lleva el extraño título de *Sobre el haz de luz en el cielo*, es probablemente lo primero que se ha escrito sobre los platillos volantes.

En 297 a. de J. C., Tolomeo consigue que vaya a instalarse a Alejandría. Entonces funda la Biblioteca. Tolomeo I muere en 283 a. de J. C., y su hijo, Tolomeo II, destierra a Demetrio a Busiris, Egipto. Allí, Demetrio es mordido por una serpiente venenosa y muere.

Demetrio se había hecho célebre en Egipto como mecenas de las ciencias y de las artes en nombre del rey Tolomeo I. Tolomeo II sigue interesándose por la Biblioteca, así como por las ciencias y, sobre todo, la zoología. Nombra bibliotecario a Zenódoto de Éfeso, nacido en 327 a. de J. C. y cuyas circunstancias ignoramos, así como la fecha de su muerte.

Después, una sucesión de bibliotecarios aumenta, a través de los siglos, la Biblioteca, acumulando en ella pergaminos, papiros, grabados e incluso libros *impresos*, si hemos de

dar crédito a ciertas tradiciones. La Biblioteca contenía, pues, documentos en verdad inestimables. Pero también coleccionaba enemigos, principalmente en Roma.

Ciertos documentos permiten establecer una lista bastante verosímil de bibliotecarios hasta el año 131 a. de J. C.:

	a. de J. C.	
	desde	hasta
Demetrio de Falera . . .		282
Zenódoto de Éfeso . . .	282	260 (?)
Calímaco de Cirene . . .	260 (?)	240 (?)
Apolonio de Rodas . . .	240 (?)	230 (?)
Eratóstenes de Cirene . . .	230 (?)	195
Aristófanes de Bizancio . .	195	180
Apolonio el Eidógrafo . . .	180	160 (?)
Aristarco de Samotracia . .	160 (?)	131

A partir de esta última fecha, las indicaciones se vuelven muy vagas. Sabemos que un bibliotecario se opuso violentamente a un primer pillaje de la Biblioteca por Julio César, el año 47 a. de J. C., pero la Historia no ha conservado su nombre. Lo cierto es que, ya en época de Julio César, la Biblioteca de Alejandría tenía bien ganada fama de contener libros secretos que daban un poder prácticamente ilimitado.

En el momento en que César llega a Alejandría, la Biblioteca contiene al menos setecientos mil manuscritos. ¿De qué clase? ¿Y por qué empiezan a dar miedo algunos de ellos?

Los documentos que han sobrevivido nos dan una idea bastante exacta de ello. Estaban, en primer lugar, los libros escritos en griego. Eran, evidentemente, un verdadero tesoro: todo lo que nos falta de la literatura griega clásica. Pero no parece que, entre ellos, debiesen encontrarse manuscritos peligrosos.

En cambio, el conjunto de la obra de Beroso tenía algo inquietante. Sacerdote babilonio refugiado en Grecia, Beroso nos dejó el relato de un encuentro con seres extraterrestres: los misteriosos Akpalus, seres parecidos a peces, que vivían en escafandras y habrían aportado a los hombres los primeros conocimientos científicos.

Beroso vivió en tiempos de Alejandro Magno y hasta la época de Tolomeo I. Fue sacerdote de Baal-Marduk en Babilonia. Era historiador, astrólogo y astrónomo. Inventó el cuadrante solar semicircular. Concibió una teoría sobre conflictos entre los rayos del Sol y los de la Luna que fueron anticipación de los trabajos más modernos sobre la interferencia de la luz. Podemos fijar la fecha de su nacimiento en 356 a. de J. C., y la de su muerte en 261. Una leyenda contemporánea dice que la famosa Sibilá, la profetisa, era hija suya.

La *Historia del Mundo*, de Beroso, que describía sus primeros contactos con los extraterrestres, se ha perdido. Quedan algunos fragmentos, pero la totalidad de esta obra estaba en Alejandría. Comprendido lo que habían enseñado los extraterrestres.

También se hallaba en Alejandría la obra completa de Manethón. Este, sacerdote e historiador egipcio, contemporáneo de Tolomeo I y de Tolomeo II, había llegado a conocer todos los secretos de Egipto. Su nombre puede incluso interpretarse como el «amado de Toth» o el «poseedor de la verdad de Toth».

Era el hombre que lo sabía todo sobre Egipto, que leía los jeroglíficos y que mantenía contactos con los últimos sacerdotes egipcios. Se dice que escribió personalmente ocho libros y que reunió en Alejandría cuarenta rollos de pergamino, particularmente selectos, que contenían todos los secretos de Egipto y, probablemente, el *Libro de Toth*. Si esta colección se hubiese conservado, quizá sabríamos todo lo que hay que saber sobre los secretos egipcios.

Sin duda fue esto lo que se quiso impedir.

La Biblioteca de Alejandría contenía igualmente las obras de un historiador fenicio, Moccus, a quien se atribuye el invento de la teoría atómica.

Contenía también manuscritos indios extraordinariamente raros y preciados.

De todos estos manuscritos no queda el menor rastro. Sabemos cuál era el número total de rollos cuando empezó la destrucción: quinientos treinta y dos mil ochocientos. Sabemos que existía una sección que podríamos llamar de «Ciencias matemáticas» y otra de «Ciencias naturales». Y un catálogo general, que también fue destruido.

César inició estas destrucciones. Robó cierto número de libros, quemó una parte de ellos y se guardó la otra. Por lo demás, incluso en nuestros días persiste alguna incertidumbre sobre este episodio, y, a los 2.000 años de su muerte, César conserva partidarios y adversarios. Sus partidarios dicen que jamás quemó libros en la misma Biblioteca; todo lo más, cierto número de libros preparados para ser embarcados con destino a Roma ardieron en un almacén de los muelles de Alejandría, pero no fueron los romanos quienes les prendieron fuego.

En cambio, los adversarios de César dicen que un gran número de libros fue deliberadamente destruido. El cálculo de este número varía entre 40.000 y 70.000.

Una tesis intermedia sostiene que llamas procedentes de un barrio donde se luchaba alcanzaron la Biblioteca y la destruyeron accidentalmente.

En todo caso, parece cierto que esta destrucción no fue total. Ni los adversarios ni los partidarios de César nos dan datos exactos; los contemporáneos no dicen nada, y los relatos más próximos al suceso datan de dos siglos después.

El propio César, en sus obras, no dice una

palabra sobre el asunto. Parece haber «sustraído» ciertos libros que considera particularmente interesantes.

La mayoría de los especialistas en Historia de Egipto creen que el edificio de la Biblioteca debía de ser de grandes dimensiones, ya que contenía setecientos mil volúmenes, salas de trabajo y gabinetes especiales, y que un monumento de esta importancia, situado en trance de incendiarse, no pudo ser completamente destruido. Es posible que el incendio consumiese depósitos de trigo, así como rollos de papiro en blanco. No es seguro que arruinase una parte importante de la biblioteca propiamente dicha, y es indudable que no la destruyó del todo. Pero también es cierto que desapareció una buena cantidad de libros considerados como particularmente peligrosos.

La siguiente ofensiva importante contra la Biblioteca parece que fue lanzada por la emperatriz Zenobia. Una vez más, la destrucción no fue total, pero desaparecieron libros importantes. Conocemos la razón de la ofensiva que, después de ésta, lanzó el emperador Diocleciano (284-305 d. de J. C.). Los documentos contemporáneos están acordes sobre este punto.

Diocleciano quería destruir todas las obras que revelaban los secretos de la fabricación del oro y de la plata. En otras palabras, todas las obras de alquimia. Pues pensaba que, si los egipcios eran capaces de fabricar oro y plata a voluntad, tendrían los medios necesarios para levantar un ejército y combatir contra el Imperio. Diocleciano, hijo de un esclavo, había sido proclamado emperador el 17 de setiembre de 284. Era, según parece, un perseguidor nato, y el último decreto que firmó, antes de su abdicación en 1.º de mayo de 305, ordenaba la aniquilación del cristianismo. Diocleciano tropezó en Egipto con una violenta rebelión, y, en el mes de julio de 295, puso sitio a Alejandría. Se apoderó de la ciudad, y esto dio ocasión a matanzas espantosas. Sin embargo, según la le-

yenda, el caballo de Diocleciano dio un paso en falso al entrar en la ciudad conquistada, y Diocleciano interpretó este incidente como un mensaje de los dioses, que le ordenaban que no destruyese la ciudad.

La toma de Alejandría fue seguida de sistemáticas pesquisas, encaminadas a buscar todos los manuscritos sobre alquimia. Y todos los que se encontraron fueron destruidos. Contenían, según parece, las claves esenciales de la alquimia, necesarias para comprender esta ciencia, hoy que sabemos que las transmutaciones metálicas son posibles. [Véase, a este respecto, la obra de Jacques Sadoul, *El tesoro de los alquimistas* (1).] No poseemos ninguna lista de los manuscritos destruidos, pero la leyenda nos dice que algunos eran obra de Pitágoras, de Salomón o del propio Hermes. Cosa que, evidentemente, hay que considerar con confianza relativa.

Sea como fuere, ciertos documentos indispensables daban las claves de la alquimia y se perdieron para siempre. Pero la Biblioteca continuó. A pesar de las sucesivas destrucciones de que fue víctima, prosiguió su obra hasta que los árabes la aniquilaron por completo. Y, si lo hicieron, sabían por qué lo hacían. Habían destruido ya, en el propio Islam —y también en Persia— gran número de libros secretos sobre magia, alquimia y astrología.

La consigna de los conquistadores era: «no hacen falta libros que no sean el Libro», es decir, el Corán. Así, la destrucción en 646 d. de J. C. tuvo por objeto, más que la destrucción de los libros condenados, la de los libros en general. El historiador musulmán Abd al-Latif (1160-1231) escribió: «La Biblioteca de Alejandría fue incendiada y destruida por Amr ibn-el-As, por orden del triunfador Omar.» El tal Omar se había opuesto, por otra parte, a que se escribiesen libros musulmanes, siempre si-

(1) Colección «Otros Mundos». Plaza & Janés.

guiendo el principio de que «el libro de Dios nos basta». Era un musulmán recién convertido, extraordinariamente fanático, que odiaba los libros y había destruido muchísimos de ellos en numerosas ocasiones, porque no hablaban del Profeta.

Es, pues, natural que acabase la obra iniciada por Julio César y continuada por Diocleciano y otros más.

Si algunos documentos se salvaron de estos autos de fe, han sido cuidadosamente ocultados desde 646 d. de J. C. y no han reaparecido jamás. Y si algunos grupos secretos poseen actualmente manuscritos procedentes de Alejandría, lo disimulan perfectamente.

Volvamos ahora al examen de los acontecimientos a la luz de la tesis que sostenemos: la existencia del grupo de los que hemos llamado «Hombres de Negro» y que constituye una sinarquía empeñada en la destrucción de cierto tipo de saber.

Parece evidente que este grupo se delató en 391, ya que, bajo Diocleciano, se buscaron y destruyeron sistemáticamente las obras de alquimia y de magia.

Y parece también evidente que este grupo no tuvo nada que ver con los acontecimientos de 646: para éstos bastó el fanatismo musulmán.

En 1692, un cónsul francés, llamado M. de Maillet, es enviado a El Cairo. Observa que Alejandría es una ciudad prácticamente vacía y totalmente abandonada. Sus raros habitantes, ladrones en su mayoría, permanecen agazapados en sus madrigueras. Nadie habita las ruinas de los edificios. Parece, pues, muy probable que, si algunos libros se salvaron del incendio en 646, no estaban en Alejandría en aquella época; alguien se los había llevado ya.

A partir de entonces, sólo podemos formular hipótesis.

Limitémonos a la materia que nos interesa, es decir, a los libros secretos que tratan de las

civilizaciones desaparecidas, de la alquimia, de la magia o de técnicas que hoy nos son desconocidas. Prescindamos de los clásicos griegos, cuya desaparición es sin duda muy lamentable, pero que nada tienen que ver con nuestro tema.

Pensemos, ante todo, en Egipto. Si existió un ejemplar del *Libro de Toth* en Alejandría, César debió apoderarse de él, como fuente posible de poder. Pero, naturalmente, el *Libro de Toth* no era el único documento egipcio de Alejandría. Y es muy posible que todos los enigmas que aún se plantean en la actualidad acerca de Egipto habrían sido solucionados si no se hubiesen destruido tantos documentos egipcios.

Entre estos documentos, existían algunos que eran particularmente buscados y de los que debieron destruirse implacablemente los originales, las copias e incluso los resúmenes: los que describían la civilización que precedió al Egipto conocido. Es posible que hayan subsistido algunos restos, pero lo esencial desapareció, y esta destrucción fue tan completa y profunda que los actuales arqueólogos racionalistas sostienen que se puede seguir, en Egipto, el desarrollo de la civilización desde el neolítico hasta las grandes dinastías, sin que nada demuestre la existencia de una civilización anterior.

En realidad, desconocemos absolutamente la historia, la ciencia y la situación geográfica de esta civilización anterior. Se ha formulado la hipótesis de que se trataba de una civilización de negros. En este caso, habría que buscar en África el origen de Egipto. Tal vez desaparecieron, en Alejandría, registros, papiros o libros procedentes de esta civilización extinguida.

También fueron destruidos los tratados de alquimia más completos, los que permitían realmente conseguir la transmutación de los elementos. Fueron destruidas las obras de magia. Se destruyeron las pruebas del encuentro con seres extraterrestres de que hablaba Beroso a

propósito de los Akpalus. Fueron destruidos..., pero, ¿cómo seguir enumerando lo que ignoramos? La destrucción, tan lograda, de la Biblioteca de Alejandría es sin duda alguna el éxito más grande de los «Hombres de Negro».

COMPLEMENTO AL CAPÍTULO II

¿Y LAS PIRÁMIDES?

Sin duda no faltarán lectores que pensarán que los manuscritos que se salvaron de las sucesivas destrucciones de la Biblioteca de Alejandría hallaron refugio en las bóvedas secretas de las pirámides. Lo más extraordinario es que tal vez no van del todo desencaminados. El misterio de Egipto está aún muy lejos de su solución definitiva.

Citemos solamente, a este respecto, dos observaciones del egiptólogo francés Alexandre Varille. Éste murió, el 1.º de noviembre de 1951, en un extraño accidente cuya responsabilidad nos sentimos casi tentados a atribuir a los «Hombres de Negro». Varille escribió:

«Ignoramos la filosofía faraónica, porque la mentalidad occidental se muestra impotente para descifrar estos pensamientos.»

Y añadió:

«La egiptología empezó a esterilizarse cuando entró en el marco oficial de la Universidad y los egiptólogos profesionales remplazaron progresivamente a los egiptólogos por vocación.»

Varille está muy lejos de la supervaloración ingenua y alocada de las pirámides. Pero no

por ello deja de pensar que los edificios egipcios tienen una significación científica concreta que puede ser descubierta.

El conjunto de estos secretos científicos pudo ser redactado por Keops y encontrarse, a la vez, en un libro reproducido en varios ejemplares, y en algunas de las propias pirámides. Principalmente, las dos grandes pirámides de Gizeh.

La mayor parte de este saber debió ser destruido en Alejandría. Pero tal vez no su totalidad. No hay que excluir la posibilidad de que, incluso antes de la llegada de César, algunos documentos esenciales fuesen sustraídos y ocultados. Y tampoco es imposible que aún se conserven.

El físico americano Luis Alvarez ha tratado de sondear la gran pirámide por medio de radiaciones. Los primeros resultados parecen revelar, efectivamente, la existencia de cámaras secretas que habrá que descubrir. No se ha hecho el sondeo de otras pirámides y tumbas. Pero no hay que excluir la posibilidad de un descubrimiento tan importante como el de la tumba de Tutankamón, aunque sería de documentos y no de objetos.

CAPÍTULO III

LAS ESTANCIAS DE DZYAN

Es difícil saber quién fue el primero que aludió a un libro llegado a la India y que procedía del planeta Venus. Se supone que fue el astrónomo francés Bailly, a finales del siglo XVIII, pero es posible que existan referencias anteriores.

El francés Louis Jacolliot parece haber sido quien bautizó el libro con el nombre de *Estancias de Dzyan*, en el siglo XIX. Desde mediados de este siglo, se registra una serie de accidentes acaecidos a personas que decían tener estas Estancias. Pero es con el auge y la caída de Madame Blavatsky cuando la historia de las *Estancias de Dzyan* adquiere toda su amplitud.

Es difícil hablar de Madame Blavatsky de un modo absolutamente imparcial. Las opiniones a su respecto son contradictorias, y las pasiones, incluso en nuestra época, siguen siendo violentas.

El mejor libro en francés sobre este tema fue escrito por Jacques Lantier: *La théosophie* (CAL). Por mi parte, sólo diré de Madame Blavatsky lo necesario para comprender la fantástica historia de las *Estancias de Dzyan*.

Elena Petrovna Blavatsky nació en Rusia, el

30 de julio de 1831, bajo el signo de múltiples calamidades. Éstas empiezan el día de su bautizo: se prende fuego a la casulla del pope; éste sufre graves quemaduras, y varios de los asistentes resultan conmocionados a causa del pánico. Después de este brillante principio, y a partir de los cinco años, Elena Blavatsky siembra el terror a su alrededor, hipnotizando a sus compañeros de juego: uno de ellos se arroja al río y se ahoga.

A los 15 años, empieza a manifestar dotes de clarividencia completamente imprevistos y, en particular, descubre delincuentes que la Policía se mostraba incapaz de desenmascarar.

La gente empieza a ponerse nerviosa; se piensa en meter a la joven en la cárcel, hasta que dé una explicación razonable a sus actividades y sus dones. Afortunadamente, interviene su familia: la casan, pensando que así la calmarán; pero ella se escapa y embarca en Odessa con rumbo a Constantinopla. De allí, pasa a Egipto.

Una vez más, nos hallamos ante las mismas pistas que en el capítulo primero: el *Libro de Toth*, las obras salvadas del desastre de Alejandría.

En todo caso, Madame Blavatsky vive, en El Cairo, con un mago de origen copto y, por añadidura, gran erudito musulmán. Éste le revela la existencia de un libro condenado muy peligroso, pero que le enseña a consultar por clarividencia. El original se encuentra, según el mago, en un monasterio del Tíbet.

El libro se llama: *Estancias de Dzyan*.

Según el mago copto, este libro revela secretos de otros planetas y referentes a una historia de cientos de millones de años de antigüedad.

Como dice H. P. Lovecraft:

«Los teósofos anuncian cosas que helarían la sangre de terror si no fuesen expuestas con un optimismo tan apaciguador como beato.»

Se ha querido buscar la fuente de estas Es-

tancias. Mi amigo Jacques van Herp cree haber encontrado una en un oscuro artículo de la *Astian Review* que, probablemente, nunca tuvo ocasión de consultar Madame Blavatsky.

Podemos decir, al menos, que Madame Blavatsky, cuya imaginación fue siempre muy viva, se apasionaba fácilmente por los relatos fantásticos derivados de una tradición muy antigua. Si quisiéramos llevar al máximo la hipótesis, podríamos imaginar cualquier cosa. En realidad, existen casos muy excepcionales de clarividencia. Otro buen ejemplo es el de Edgar Cayce (vease la obra de Joseph Millard: *L'homme du mystère, Edgar Cayce*. El hecho de que Madame Blavatsky realmente leyese por clarividencia una obra extraordinaria no es absolutamente imposible.

Más tarde, dice poseer, en forma de libro, las *Estancias de Dzyan*. Al salir de El Cairo, se dirige a París, donde vive gracias al dinero que le envía su padre; después marcha a América, donde se relaciona con los mormones y estudia el Vudú.

Luego, en el *Far West* se convierte en bandido... No exagero; es un hecho histórico.

Vuelve después a Londres, para encontrarse con cierto Kout Houmi Lal Sing. A propósito de este personaje, se han emitido cuatro hipótesis:

1.^a Sólo existió en la imaginación de Madame Blavatsky.

2.^a No existió, pero era una proyección de fuerzas mentales procedentes de adeptos que vivían en Asia.

3.^a Era un indio, agente de una sociedad secreta, que pretendía hacer de Madame Blavatsky un instrumento en favor de la independencia de la India. Esta tesis parece ser la preferida por Jacques Lantier, cuya profesión es la de policía.

4.^a Este personaje era un agente del «Intelligence Service».

La cuarta hipótesis se desarrolla en la lite-

ratura soviética, que considera a Madame Blavatsky y toda su actuación como un instrumento del imperialismo inglés.

Es desconcertante observar que, un siglo después de los sucesos, y habiéndose escrito millares de artículos y centenares de libros, sabemos lo mismo que al principio sobre este misterioso personaje designado con las iniciales K. H. Sólo pueden hacerse conjeturas, y cabe la posibilidad de que las cuatro hipótesis enunciadas más arriba sean todas ellas falsas.

Sea lo que fuere, K. H. empieza a escribir a Madame Blavatsky. Algunas de sus cartas han sido publicadas. Entre otras cosas, habla en ellas del peligro de armas fundadas en la energía atómica, y, en consecuencia, de la necesidad de guardar ciertos secretos. Esto, ¡hace cien años! Encontraremos un eco de estas cartas en la novela de ciencia-ficción de Louis Jacolliot, *Les mangeurs de feu*, donde asistimos ya a la conversión total de la materia en energía.

Estas cartas contienen otras muchas cosas. A medida que las recibe, Madame Blavatsky, mujer inculta cuya biblioteca se compone únicamente de novelas baratas compradas en las estaciones de ferrocarril, se convierte rápidamente en la persona mejor informada del siglo XIX en todo lo que atañe a las ciencias. Basta leer libros tales como *La doctrine secrète*, *Isis dévoilée* y *Le symbolisme archaïque des religions*, firmados por ella, para comprobar su inmensa cultura, que va desde la lingüística (es la primera en estudiar la semántica del sánscrito arcaico) hasta la física nuclear, pasando por todos los conocimientos de su época y de la nuestra, amén de algunas ciencias que están aún por inventar.

Se ha dicho que su secretario, George Robert Stow Mead, era un hombre muy culto. Pero Mead no conoció a Madame Blavatsky hasta 1889, y sólo estuvo con ella durante los tres últimos años de su vida. Además, si este antiguo alumno de Cambridge conocía muy bien todos

los problemas relativos al gnosticismo, no puede decirse que poseyese la cultura universal, tan adelantada en relación con su época, que se manifiesta en la obra de Madame Blavatsky.

Ésta pretendió siempre que su información provenía de las *Estancias de Dzyan*, que al principio había consultado a distancia y de las que, después, recibió un ejemplar en la India. No sabemos muy bien dónde aprendió el sánscrito: esto forma parte del misterio.

En 1852, Madame Blavatsky reaparece en la India; vuelve después a Nueva York, y vive otros dos años en el *Far West*. En 1855, se encuentra de nuevo en Calcuta; luego, trata de penetrar en el Tibet, pero es enérgicamente rechazada. Entonces empieza a recibir avisos: si no devuelve las *Estancias de Dzyan*, le ocurrirá una desgracia. Efectivamente, cae enferma en 1860. Durante tres años, huye de un lado a otro, por Europa, como si la persiguiesen.

En 1870, regresa de Oriente a bordo de un barco que cruza el canal de Suez, recién abierto. El buque hace explosión. Se dijo que transportaba pólvora para la artillería, pero esto no ha sido demostrado. La mayoría de los viajeros quedan reducidos a polvo, de modo que no se encuentra rastro de sus cadáveres. La descripción de la explosión recuerda, más que nada, la de una bomba atómica táctica. Madame Blavatsky se salva, no sabemos por qué clase de milagro.

Después, trata de dar una conferencia de Prensa en Londres. Un loco (?) dispara contra ella varios tiros de pistola, y declara en seguida que ha sido teleguiado, anticipándose de este modo a Lee Harvey Oswald, Shirhan Shirhan y Charles Manson.

Madame Blavatsky sale con bien del atentado, pero está terriblemente asustada. Organiza una conferencia de Prensa para presentar las *Estancias de Dzyan*, pensando suprimir de este modo la amenaza. Pero el manuscrito desaparece. Desaparece de una caja fuerte, moderna

para su época, que se encontraba en un importante hotel.

Madame Blavatsky se convence ahora de que tiene que luchar con una sociedad secreta extraordinariamente poderosa. El episodio principal de esta lucha debía producirse unos años más tarde, cuando Madame Blavatsky conoció en América a Henry Steel Olcott, que se decía coronel, como muchos americanos de su época, entre ellos, Buffalo Bill.

Olcott sentía pasión por las cosas extrañas. Madame Blavatsky le pareció fascinadora. Primero, fundó con ella un «club de los milagros»; más tarde, una sociedad a la que quiso poner el nombre de «Sociedad egiptológica»; pero, después de recibir varias advertencias, lo cambió por el de «Sociedad teosófica». Así llegamos al 8 de setiembre de 1875. Los signos y los prodigios se manifiestan en seguida. La sociedad quiere incinerar los despojos mortales del barón de Palm, extraño aventurero, miembro de aquélla. La cremación es un procedimiento absolutamente nuevo, al menos en América. La sociedad teosófica necesita una autorización especial para construir el crematorio. En cuanto se coloca allí el cadáver del barón de Palm, éste levanta el brazo derecho en señal de protesta. Al mismo tiempo, en el mismo instante, estalla un enorme incendio en Brooklyn: arde un gran teatro, y perecen doscientos neoyorquinos. La ciudad entera se echa a temblar.

Al cabo de algún tiempo, se decide que el coronel Olcott y Madame Blavatsky marchen a Asia para establecer contacto con los grandes Maestros de la Loggia Blanca. La misión es tomada tan en serio por el Gobierno de los Estados Unidos que, en el momento de la partida, en 1878, el presidente, Rutherford Hayes, nombra como sus enviados personales a Madame Blavatsky y al coronel Olcott y les da órdenes autógrafas de misión y pasaportes diplomáticos. Gracias a estos documentos evitarán que los ingleses los encarcelen en la India,

como espías de Rusia: espionaje, lo único que faltaba en esta historia.

El 16 de febrero de 1879, la expedición llega a la India. Es recibida por el Pandit Schiamji Krishnavarma y otros iniciados. Pero la recepción tiene otro aspecto menos agradable: nada más llegar, son robados los documentos y todo el dinero de los viajeros. La Policía inglesa encontrará el dinero, pero no los documentos.

Es el comienzo de una despiadada guerra, que acabará de un modo catastrófico. Se suceden las detenciones y los registros de la Policía. El coronel Olcott protesta, exhibe la carta del Presidente de los Estados Unidos y escribe: «El Gobierno de la India recibió informes falsos acerca de nosotros, fundados en la ignorancia o la malicia, y nos ha sometido a una vigilancia tan torpe que ha llamado la atención de todo el país y ha hecho creer a los indígenas que el hecho de ser amigos nuestros provocaría la malquerencia de los funcionarios superiores y podría perjudicar sus intereses personales. De este modo, se han visto seriamente entorpecidas las laudables y benévolas intenciones de la sociedad, y hemos sido víctimas de improperios absolutamente innmerecidos, a consecuencia de las decisiones del Gobierno, engañado por falsos rumores.»

Después de esto, la persecución política disminuye, pero se multiplican las amenazas: si Madame Blavatsky se obstina en hablar del libro de Dzyan, debe atenerse a las peores consecuencias. Sin embargo, ella no cede.

Ahora tiene en su poder las *Estancias de Dzyan*, que ni siquiera están en sánscrito, sino escritas en una lengua llamada Senzar, de la que nadie ha oído hablar, ni antes ni después de ella. Madame Blavatsky traduce incluso el texto al inglés: esta traducción será publicada en 1915 por la «Hermetic Publishing Company» de San Diego, Estados Unidos, con un prólogo del doctor A. S. Raleigh. Yo pude consultar este documento, en 1947, en la biblioteca del Con-

greso, en Washington. Es muy curioso y merecería ser estudiado.

La réplica de los Desconocidos es terrible; y admirablemente organizada. Hieren a Madame Blavatsky en su punto más sensible: sus pretensiones de ocultista. La «Sociedad de Estudios Psíquicos» inglesa publica un informe absolutamente devastador, redactado por el doctor Hodgson: Madame Blavatsky no es más que una vulgar prestidigitadora; toda su historia es un fraude. Madame Blavatsky no se repondrá jamás del golpe producido por este informe. Vivirá hasta 1891, psíquicamente destrozada, en un lamentable estado de depresión mental.

Declara públicamente que lamenta haber hablado de las *Estancias de Dzyan*; pero es demasiado tarde. Ciertos indios estudiosos, como E. S. Dutt, critican y hacen añicos el informe Hodgson; pero no llegan a tiempo de salvar a Madame Blavatsky.

Después de su muerte, se sabrá que una verdadera conspiración había sido organizada, simultáneamente, por el Gobierno inglés, los servicios de Policía del virrey de la India, los misioneros protestantes en la India y otros personajes que no pueden ser identificados y que eran, probablemente, los más importantes del complot. En el campo de la guerra psicológica, la operación montada contra Madame Blavatsky fue una verdadera obra maestra.

Esta conspiración demuestra, por otra parte, que existen ciertas organizaciones contra las que no sirven ni la protección del Presidente de los Estados Unidos. El resultado era incontestable. En el terreno político, Madame Blavatsky debía alcanzar una victoria total: Mohandas Karamchand Gandhi reconoció que debía a Madame Blavatsky el haber encontrado su camino, la conciencia nacional, y que, gracias a ella, había conseguido liberar la India. Fue un discípulo de Madame Blavatsky quien le suministró la droga que permitió a Gandhi aguantar en los momentos más difíciles. Y probablen-

te a causa de estos contactos Gandhi cayó asesinado, el 30 de enero de 1948, por un fanático extrañamente teleguiado y, una vez más, extrañamente precursor.

Pero las ideas de Madame Blavatsky triunfaban. Es seguro que la sociedad teosófica representó un papel importante, si no decisivo, en la liberación de la India. Es también seguro que el «Intelligence Service» y otros instrumentos del imperialismo inglés participaron en la conspiración contra Madame Blavatsky y contra el libro de Dzryan.

Sin embargo, tenemos la impresión de que fue una organización aún más poderosa que el «Intelligence Service», y no política, la que trató de impedir que Madame Blavatsky hablase.

Puede objetarse que tal organización no impidió la publicación del texto en 1915; pero, ¿quién puede demostrar que lo publicado guarda alguna relación con el texto original? A fin de cuentas, no sé nada en absoluto de la sociedad hermética de San Diego...

En todo caso, Madame Blavatsky guardó silencio después del desastre. La evocamos, para tener de ella una última imagen, en la Rue Notre-Dame-des-Champs, en París. Allí pasó los últimos años de su vida, para ir a morir a Londres, en 1891.

Observémosla, ahora, a través de los ojos de uno de sus enemigos, el ruso V. S. Solovyoff, que relató sus encuentros con ella en el *Messenger de la Russie*, una revista de la época. Parece que le hirieron, sobre todo, los mudos reproches que ella parecía dirigirle constantemente. Aunque quebrantada, Madame Blavatsky era aún protagonista de fenómenos extraños. Veamos lo que le sucedió al escéptico Solovyoff en el «Hotel Victoria», de Elberfeld (Alemania), cuando acompañó a Madame Blavatsky y a algunos de sus discípulos en un viaje:

«De pronto, me desperté. Me despertó un aliento cálido. A mi lado, en la oscuridad, se erguía una figura humana de alta estatura y

vestida de blanco. Oí una voz que me ordenaba, no sabría decir en qué idioma, que encendiese la vela. Una vez encendida ésta, vi que eran las dos de la madrugada y que un hombre vivo se hallaba a mi lado. Este hombre se parecía exactamente a un retrato del Mahatma Morya que yo había visto. Me habló en una lengua que no conocía, pero que, sin embargo, pude comprender. Me dijo que yo tenía grandes poderes personales y que mi deber era utilizarlos. Después, desapareció. Pero reapareció en seguida, sonrió, y, en la misma lengua desconocida pero inteligible, me dijo: "Puede estar seguro de que no soy una alucinación y de que no se está volviendo loco." Después, desapareció de nuevo. Eran las tres. La puerta había estado siempre cerrada con llave.»

Si a un escéptico le ocurren fenómenos como éste, no es de extrañar que la propia Madame Blavatsky pasase por experiencias aún más extraordinarias. Parece que, en todo caso, se valió de cierta clarividencia para escribir. William Emmett Coleman refiere que, en *Isis dévoilée*, Madame Blavatsky cita unos cuatrocientos libros que no poseía. Y las citas son correctas.

A mí se me acusó de haber procedido de la misma manera oculta para escribir *El Retorno de los Brujos* (1), pero ninguna de las citas que constan en él y en otros libros posteriores, entre ellos éste, fueron transcritas de memoria. Precisamente porque no pude encontrar las fotocopias que había tomado, en 1947, de las *Estancias de Dzyan* publicadas en la edición de 1915, me he abstenido de citarlas de memoria.

En todo caso, Madame Blavatsky ya no amenazará a nadie con publicar las *Estancias de Dzyan*. El lector podría preguntarme de dónde he sacado la idea de que obras pertenecientes a civilizaciones muy antiguas, obras tal vez de origen interplanetario, se encuentran en la India. Esta idea no es nueva; fue introducida en

(1) Colección «Otros Mundos». Plaza & Janés.

Occidente por un personaje tan fantástico como la propia Madame Blavatsky: Apolonio de Tiana. Apolonio de Tiana fue estudiado principalmente por George Robert Stow Mead (1863-1933), que da la casualidad que fue el último secretario de Madame Blavatsky durante los tres últimos años de la vida de ésta.

Apolonio de Tiana parece haber existido sin género de duda. Flavio Filóstrato (175-245 después de J. C.) escribió una biografía suya. Apolonio de Tiana impresionó mucho a sus contemporáneos y a la posteridad. Se atribuyen a Apolonio poderes sobrenaturales, que él mismo niega con la mayor energía.

En todo caso, parece haber visto, por clarividencia, el asesinato del emperador romano Domiciano, perpetrado el 18 de setiembre del año 96 d. de J. C. Es indudable que viajó a la India. Murió a una edad muy avanzada, más de cien años, probablemente en Creta.

Prescindamos de las leyendas que rodean su persona y, sobre todo, de aquella que pretende que Apolonio de Tiana vive aún entre nosotros. Dejemos igualmente a un lado las relaciones entre sus enseñanzas y el cristianismo. Digamos sólo, y de pasada, que Voltaire lo colocaba por encima de Cristo, aunque sin duda lo hacía para incordiar a los cristianos.

Lo cierto es que Apolonio de Tiana afirmaba que existían en su época, o sea en el siglo I después de J. C., en la India, libros extraordinarios y muy antiguos que contenían una sabiduría procedente de edades extinguidas, de un pasado muy remoto. Al parecer, Apolonio de Tiana trajo de la India algunos de estos libros, y conviene observar que, gracias a él, encontramos en la literatura hermética pasajes enteros de los *Upanishads* y de la *Bhagavad Gita*.

Fue él quien, antes que Bailly y antes que Jaccollot, lanzó esta idea que no ha cesado de circular. Su discípulo Damis había tomado notas sobre estos libros; pero, como por casualidad, los cuadernos de Damis han desaparecido. El

prologuista de la obra de Mead, Leslie Shepard, escribió, en julio de 1965, o sea en fecha muy reciente, que no hay que rechazar la esperanza de que los cuadernos de Damis aparezcan algún día. Sería algo muy interesante, y, a fin de cuentas, la historia de los manuscritos del mar Muerto demuestra que son aún posibles las reapariciones más curiosas.

Damis habla, en lo que nos queda de sus notas, de reuniones secretas, de las que él era excluido, entre Apolonio y los sabios hindúes. Describe también fenómenos de levitación y de producción directa de llamas por un efecto puro de la voluntad, sin ayuda de instrumento alguno. Parece, pues, que presencié fenómenos de esta clase, producidos por sabios indios. También parece que éstos recibieron a Apolonio como a un igual, que le instruyeron y que le enseñaron más de lo que jamás habían enseñado a ningún occidental.

Apolonio parece haber visto las *Estancias de Dzyan*. ¿Trajo un ejemplar de ellas a Occidente? ¿Quién puede saberlo?

CAPÍTULO IV

EL SECRETO DEL ABAD TRITEMO

El abad Tritemo posee, sobre otros personajes del presente libro, la ventaja de que existió en realidad. Nació en 1462 y murió en 1516. Numerosos historiadores se ocuparon de él, entre ellos Paul Chacornac, autor de *Grandeur et adversité de l'abbé Trithème* («Éditions Traditionnelles», París, 1963). Debo aclarar, desde el primer momento, que no estoy en todo de acuerdo con este eminente historiador. No quiero decir con ello que ponga en duda sus méritos de historiador, sino que poseo ciertas informaciones que Chacornac consideraría quizá de importancia secundaria, pero que a mí, que soy especialista en criptografía y también en el estudio de técnicas desaparecidas, me parecen de una importancia capital.

Por otra parte, mis fuentes de información no coinciden en absoluto con las de Chacornac.

Aclarado esto, comencemos por el principio. Al abad Juan de Heidenberg, que se hará llamar abad Tritemo, nace el 2 de febrero de 1462 en Tritthenheim. Ingresa en la célebre Universidad de Heidelberg en 1480. Consigue un certificado de pobreza, gracias al cual puede estudiar gratuitamente. Ponda, con Juan de Dalberg y Ro-

dolfo Huesmann, una sociedad secreta para el estudio de la astrología, la magia de los números, las lenguas y las matemáticas. Sus miembros adoptan seudónimos. Juan de Dalberg se convierte en Juan Camerarius; Rodolfo Huesmann, en Rodolfo Agrícola, y Juan de Heidenberg, en Juan Tritemo.

En general, los seudónimos no se eligen al azar; pero no conocemos la razón de la elección de Juan Tritemo, salvo que el número tres figura ostensiblemente en el seudónimo. La propia sociedad adoptará un nombre secreto muy significativo: *Sodalitis Celtica*, o sea, Cofradía Céltica. El judío Pablo Ricci se une a los primeros miembros y les enseña la cábala. El 2 de febrero de 1482, día de su vigésimo cumpleaños, Juan Tritemo entra en religión, con los benedictinos del monasterio de San Martín de Spanheim. Más tarde, será abad de Spanheim y, luego, de Wurzburg. Su piedad cristiana parece estar fuera de toda duda.

Es ella la que le protegerá de ciertas tentaciones, cuando se interese por la alquimia y la magia. Este afán parece haber sido el de un científico desinteresado, que no busca riquezas ni poder personal. La actitud del abad Tritemo parece idéntica a la adoptada en nuestros días por el canónigo Lemaître, de Lovaina, que formuló la teoría del Universo en expansión y fue admirado por el propio Einstein. Cosa que no le impedía buscar en el presunto fenómeno del Universo en expansión la prueba de la existencia de Dios.

Tritemo reunió en el monasterio de San Martín la biblioteca más rica de Alemania, compuesta esencialmente de manuscritos. No le gustaban los libros impresos, recién inventados, que le parecían vulgares. Esta biblioteca, formada a sus expensas, le costó más de 1.500 ducados de oro.

Mientras realiza su obra de erudito y de historiador, continúa sus investigaciones. Unas investigaciones muy extrañas. Unas investigacio-

nes sobre las que cometió el error de escribir cartas imprudentes a personas indiscretas o envidiosas, que se vengaron de él y le perjudicaron. Tales investigaciones se referían a un procedimiento para hipnotizar a personas a distancia, por telepatía, con ayuda de ciertas manipulaciones del lenguaje. La lingüística, las matemáticas, la cábala y la parapsicología se mezclaban extrañamente en sus trabajos.

La obra en ocho volúmenes que reunía el resultado de sus estudios y que contenía, por ende, los secretos de un poder increíble, se titulaba *Esteganografía*. El manuscrito completo de esta obra fue destruido por el fuego, por orden del elector Felipe, conde Palatino Felipe II, que lo había encontrado en la biblioteca de su padre y se había sentido aterrorizado.

No se conserva ningún ejemplar completo de este libro. Hay que insistir en esto: el manuscrito original, que contenía la clave de poderes extraordinarios, fue destruido. No existe ninguna copia. El doctor Armitage, que, en la novela *La abominación de Dunwich*, de Lovecraft, emplea unos manuscritos para descifrar antiguos códigos cifrados, fue inventado por Lovecraft, quien no creía en absoluto que su protagonista pudiese haber tenido realidad histórica, y que, desde luego, no pudo hojear la *Esteganografía* más que otro cualquiera.

Sin embargo, existe un manuscrito incompleto, que comprende aproximadamente tres octavos de la obra y al que volveremos a referirnos más adelante.

¿Qué había en esta *Esteganografía*? Citemos, ante todo, algunas declaraciones del propio Triltemo:

«Un día de este año de 1499, después de haber soñado durante largo tiempo en el descubrimiento de profundos arcanos, y persuadido al fin de que lo que buscaba era imposible, me fui a la cama, un poco avergonzado de haber llevado mi locura al extremo de intentar lo imposible. Durante la noche (en sueños), al-

guien se me apareció, llamándome por mi nombre: Tritemo, me dijo, no creas que todos tus pensamientos han sido vanos. Aunque las cosas que buscas no son posibles, ni para ti ni para hombre alguno, llegará un día en que lo serán.

»—Decidme, pues —le respondí—: ¿Qué hay que hacer para triunfar?

»Entonces me reveló todo el misterio y me mostró que nada era más sencillo.»

Después, Tritemo pone manos a la obra, y he aquí lo que descubre, también según su propio relato:

«Puedo aseguraros que esta obra, en la que enseño numerosos secretos y misterios poco conocidos, parecerá a todos, incluso a los más ignorantes, que contiene cosas sobrehumanas, admirables e increíbles, habida cuenta de que nadie ha escrito o hablado de ellas antes que yo.

»El primer libro contiene y enseña más de cien maneras de escribir secretamente y sin el menor temor todo lo que se desee, en cualquier lengua conocida, sin que nadie pueda sospechar su significado, y esto sin metátesis ni transposición de letras, y también sin miedo ni recelo de que el secreto pueda ser nunca conocido por persona diferente de aquella a quien, cabalísticamente, haya enseñado yo esta ciencia, o de aquella a quien mi binario la haya a su vez transmitido cabalísticamente. Como todas las frases y palabras empleadas son sencillas y conocidas, y no provocan la menor desconfianza, no habrá nadie, por experimentado que sea, que pueda descubrir por sí solo mi secreto, lo cual parecerá admirable a todos e imposible a los ignorantes.

»En el segundo libro, trataré de cosas aún más maravillosas, relacionadas con ciertos medios merced a los cuales podré, de un modo seguro, imponer mi voluntad a quienquiera que capte el sentido de mi ciencia, por muy lejos que esté, incluso a más de cien leguas de mí, y esto sin que se me pueda acusar de haber empleado signos, cifras o caracteres de clase

alguna, y si me valgo de un mensajero y éste es apresado en el camino, ninguna súplica, amenaza o promesa, y ni siquiera la violencia, podrán inducir a este mensajero a revelar mi secreto, pues no tendrá conocimiento de él; y ésta es la razón de que nadie, por experto que sea, pueda descubrir el secreto.

«Todas estas cosas puedo hacerlas fácilmente, cuando me plazca, sin ayuda de mensajero ni de nadie, incluso con un preso encerrado en las mayores profundidades y bajo una guardia vigilante.»

Sus pretensiones son, pues, formidables.

La mayoría de los historiadores del abad Tritemo dicen, públicamente, que no había descubierto nada y que todo eran ilusiones. No es ésta mi opinión. Yo creo que Tritemo había hecho realmente un descubrimiento formidable, que hizo mal en hablar de él y que la destrucción de su libro es parte, absolutamente natural, de la serie de acclones realizadas por los «Hombres de Negro» de quienes trata mi libro.

Tritemo cometió también el error de mostrarse demasiado racionalista para su época y, sobre todo, de atacar la astrología. He aquí lo que dice de ella:

«¡Atrás, hombres temerario., hombres vanos y astrólogos embusteros, que engañáis a las inteligencias y os ocupáis de frivolidades! Pues la disposición de las estrellas no tiene ninguna influencia sobre el alma inmortal, ninguna acción sobre la ciencia natural; no tiene nada que ver con la sabiduría superceleste, pues el cuerpo sólo puede tener poder sobre el mismo cuerpo. El espíritu es libre y no está sometido a las estrellas, no absorbe sus influencias ni sigue sus movimientos, sino que sólo está en comunicación con el principio superceleste que lo creó y que lo hizo fecundo.»

En esta observación, como en muchas otras cartas y escritos de Tritemo, se manifiesta una mentalidad absolutamente racionalista. Lo que él llama magia natural es lo que nosotros lla-

mamos técnica.

Se le atribuyen libros sobre la piedra filosofal. Esto no está demostrado. Los libros de Tritemo fueron prolijamente comentados por el alquimista inglés George Ripley, que escribió: «Suplico a los que saben, que no publiquen.» Después de su muerte, se pretendió que el abad Tritemo practicaba la magia negra. Uno de los jesuitas más severos de la Inquisición, Del Río, se preguntará por qué la *Esteganografía*, que, sin embargo, sólo circulaba en forma de notas incompletas, no había sido incluida entre los libros prohibidos y censurados. En una palabra, entre los libros que son objeto de mi ensayo.

Hubo que esperar a 1610, para que se publicase en Frankfurt, por Mathias Becker, la primera edición de lo que quedaba de la *Esteganografía*. Lleva la indicación de «con privilegio y permiso de los Superiores», pero no figura en ella el *imprimatur*. Lo cual hace que podamos preguntarnos de qué Superiores se trataba.

El libro contiene un prólogo, que desaparecerá después, en el que figura esta curiosa frase: «Pero tal vez alguien objetará: si quieres que esta ciencia permanezca oculta, ¿por qué has querido revelar el sentido de los textos en cuestión?»

«Te responderé que lo hice para que se beneficiasen de estos excelentes principios ciertos grupos de personas a los que pertenezco, a fin de librarlos de múltiples peligros, y de ponerlos al abrigo de ciertos accidentes fortuitos.»

Es un punto de vista perfectamente razonable. Pero el libro, incluso expurgado, parecía aún demasiado peligroso. Por consiguiente, esta edición, por incompleta que fuese, fue incluida en el Índice por la Congregación del Santo Oficio, en 7 de setiembre de 1609. Esta prohibición duraría hasta el año 1930.

En 1616, se publicó una defensa del abad Tritemo por el abad Cigisemón, del monasterio

benedictino de Ceón, Baviera. En 1621, aparece una nueva edición, reducida. Lleva igualmente la mención de «con el permiso y el acuerdo de los Superiores». Evidentemente, esta vez no puede tratarse de superiores eclesiásticos, puesto que la obra figura en el Índice desde 1609. ¿Quiénes son, pues, estos misteriosos Superiores?

Existe, en las bibliotecas, cierto número de estas ediciones. En ellas se encuentra, sobre todo, una teoría general de las claves de transposición, tal como se emplean, todavía en nuestros días, en la diplomacia y el espionaje.

Según los eruditos, cierto número de ejemplos de transposición contendrían al menos una parte de las instrucciones que figuraban en la edición completa destruida. Ninguna de estas instrucciones es muy convincente. Mucho más tarde, el padre Le Brun observa que el empleo de los secretos de la *Esteganografía* requiere la utilización de un sistema de aparatos: algo no muy distinto, según parece, de nuestra radio actual. «He oído decir más de una vez que algunas personas se hablan comunicado secretos, a más de cincuenta leguas de distancia, por medio de agujas imantadas. Dos amigos cogían sendas brújulas, alrededor de las cuales estaban grabadas las letras del alfabeto, y se decía que, si uno de los amigos hacía que la aguja señalase una de las letras, la otra aguja, aunque estuviese a varias leguas de distancia, giraba inmediatamente hacia la misma letra.»

Esto resulta interesante. Un sistema de aparatos de esta clase sería perfectamente verosímil en nuestros días, gracias a los transistores. Pero, si hubo hombres dotados de este poder a principios del siglo xvii, tenían la ventaja de poseer un medio de transmisión absolutamente indetectable y, además, completamente natural, que no requería ningún pacto con el diablo ni ponía en peligro el alma del usuario.

Si una sociedad se adueñó de estos secretos, es bastante lógico que quisiera conservarlos.

Y parece que lo consiguió.

Otra obra de Tritemo, la *Poligrafía*, trata exclusivamente de las escrituras secretas y lo hace de modo extraordinariamente moderno. La obra apareció en 1518 y fue traducida al francés en 1561. Fue plagiada muchas veces. En esta obra, sólo se trata de criptografía pura, sin ningún secreto de tipo oculto.

Para completar la cuestión, señalemos que, en 1515, Tritemo publica una teoría cíclica de la historia de la Humanidad que recuerda tanto la tradición hindú como algunas teorías modernas. El libro se titula: *De las siete causas segundas, es decir, de las Inteligencias, o Espíritus del mundo después de Dios, o cronología mística, encerrando maravillosos secretos dignos de interés*. La obra se funda en los trabajos del cabalista y mago Pedro de Apona. Éste había inquietado hasta tal punto a la Iglesia que, cuando murió en 1313, en Padua, la Inquisición buscó su cadáver para quemarlo, mas no lo encontró. Los amigos de Pedro de Apona habían ocultado el cuerpo en la iglesia de Santa Justina. Enfurecida, la Inquisición lo hizo quemar en esfigie.

La obra de Tritemo tiene gran interés para el lector de novelas de ficción y de imaginación modernas. En efecto: fue allí donde C. S. Lewis encontró la idea de los *eldila*, ángeles que hacen funcionar el Sistema solar. Aparte de esto, la teoría de los ciclos es admitida por personas muy serias, y, una vez más, Tritemo nos brinda con ella teorías muy modernas. Naturalmente, no podemos hacerle responsable de los delirios que provocó su libro y, sobre todo, de la explicación que dio de él, allá por el año 1890, la sociedad secreta «Hermandad Hermética de Luxor». Conviene recordar, a este respecto, la opinión de Tritemo sobre las astrología, a la que antes hicimos referencia.

Para los aficionados a la historia anecdótica, señalemos que Tritemo predijo en su libro, fijando la fecha exacta, 1918, la declaración Bal-

four relativa a la creación de un Estado judío en Israel, y que esta predicción se hizo 400 años antes de que se produjese el acontecimiento.

Pasemos por alto los libros no encontrados de Tritemo, que no podemos asegurar que fuesen escritos por él, y volvamos a nuestra hipótesis sobre la *Esteganografía*.

En nuestra opinión, Tritemo encontró un sistema, por el manejo de símbolos fundados en el lenguaje, de producir efectos que podían ser captados por otras inteligencias a gran distancia y que podían controlarlos. Esto parece extraordinario, pero es muy posible. Tritemo veía el mundo con ojos nuevos, y era muy capaz de haber inventado algo completamente nuevo.

En cuanto a él, sus pretensiones fueron siempre su namente razonables: «No he hecho nada que sea extraordinario, y, sin embargo, hacen correr el rumor de que soy un "mago". He leído la mayoría de los libros de los magos, no para imitarlos, sino con el propósito de refutar un día sus másimas supersticiones.»

Por esto me inclino bastante a creer en los poderes perfectamente naturales, en los que insiste Tritemo, de la *Esteganografía*. Esta clase de poderes son, evidentemente, peligrosos. Y Tritemo se vuelve de pronto muy prudente. También recomienda prudencia a Henri Cornelius, llamado Agripa, que no parece que fuese jamás discípulo suyo, pero al que felicitó calurosamente por su «filosofía adulta». Le aconseja sabiamente:

«Dad heno a los bueyes; pero, a los loros, dadles solamente azúcar.»

En cuanto a Paracelso, sólo tenía doce años cuando murió Tritemo; por consiguiente, éste no le conoció. Por lo demás, Paracelso no le habría inspirado ninguna confianza. Como máximo, Paracelso leyó tal vez sus libros. Y, en todo caso, ¿en quién podía confiar Tritemo, si, como sostenemos, había descubierto realmente un medio de control telepático a distancia? ¿Qué Papa, qué emperador, eran lo bastante

prudentes para disponer de semejante poder? Se comprende que Tritemo guardase silencio. Y se comprende también que su manuscrito fuese destruido y que las ediciones resumidas sólo pudiesen publicarse con «la autorización de los Superiores».

Citemos, por último, una de sus cartas, e imaginemos, por un instante, que decía la verdad: «Pues esta ciencia es un caos de una profundidad infinita, que nadie puede comprender de una manera perfecta, porque, por mucho que sea el conocimiento y la experiencia de este arte, siempre resultará que lo que habrás captado será muy inferior, en cantidad, a todo el resto que no conoces. Este arte profundo y muy secreto tiene, en efecto, la particularidad de que el discípulo llegará a ser fácilmente más sabio que su maestro, a condición de que el tal discípulo tenga una buena disposición natural para hacer progresos, y de que muestre celo en estas materias contenidas en la cábala hebrea. Para el caso de que algún lector de mi trabajo se sintiese mortificado por el nombre, el orden y la naturaleza de ciertas operaciones dirigidas a los espíritus, y se imaginase que soy un mago, un nigromante, o bien que he celebrado un pacto con los demonios y que he adoptado tal o cual superstición, he juzgado conveniente formular una protesta solemne en este prólogo y preservar así, gracias a ella, mi fama y mi buen nombre de semejante mancha.»

El caos donde encuentra todo este saber, ¿no es acaso lo que más tarde fue llamado inconsciente colectivo? Tal vez sea conveniente que el secreto de Tritemo haya desaparecido, pero no me cabe la menor duda de que Tritemo descubrió realmente un secreto grande y terrible.

CAPÍTULO V

LO QUE VIO JOHN DEE EN EL ESPEJO NEGRO

Como el abad Triteño, John Dee existió en realidad. Nació en 1527 y murió en 1608. Y su vida fue tan extraordinaria que los novelistas la han descrito mejor, en obras de imaginación, que la mayoría de sus biógrafos. Estos novelistas son Jean Ray y Gustav Meyrink. Matemático distinguido, especialista en clasicismo, John Dee concibió la idea de un meridiano básico: el meridiano de Greenwich. Llevó a Inglaterra, después de descubrirlos en Lovaina, dos de los globos terráquicos de Mercator, así como instrumentos de navegación. De este modo contribuyó a la iniciación de la expansión marítima de Inglaterra.

Por esto alguien ha dicho —yo no comparto esta opinión— que John Dee fue el primero que hizo espionaje industrial, pues llevó a Inglaterra, por cuenta de la reina Isabel, numerosos secretos de navegación y de fabricación. Fue, ciertamente, un científico de primer orden, al mismo tiempo que especialista en literatura clásica, y exponente de la transición entre dos culturas que, en el siglo XVI, no estaban tal vez tan separadas como en la actualidad.

Pero fue también algo más, según veremos a continuación. En el curso de sus brillantes estudios en Cambridge, empezó, desgraciadamente para él, a fabricar robots, entre ellos un escarabajo mecánico que soltó durante una representación teatral y que sembró el pánico entre el público. Expulsado de Cambridge por brujería, se marchó a Lovaina en 1547. Allí entabló relación con Mercator. Se hizo astrólogo y se ganó la vida haciendo horóscopos; después, fue detenido por conspiración mágica contra la vida de la reina María Tudor. Más tarde, Isabel le sacó de la cárcel y le encargó misiones misteriosas en el continente.

Se ha dicho con frecuencia que su visible pasión por la magia y la brujería no era más que una «pantalla» de su verdadera profesión: el espionaje. Yo no estoy muy convencido de ello.

En 1563, encontró en una librería de Amberes un manuscrito, probablemente incompleto, de la *Esteganografía* de Tritemo. La completó y parece que descubrió un método casi tan eficaz como el del propio Tritemo.

Mientras publicaba la primera traducción inglesa de Euclides y estudiaba, en interés del Ejército inglés, la utilización militar de lentes y telescopios, continuó sus estudios sobre la *Esteganografía*. Y, el 25 de mayo de 1581, éstos superaron todas sus esperanzas.

Se le apareció un ser sobrehumano, o al menos no humano, rodeado de luz. John Dee lo llamó ángel, para simplificar. Este ángel le entregó un espejo negro, que aún se conserva en el «British Museum». Es un pedazo de antracita, extraordinariamente pulimentado. El ángel le dijo que, mirando este cristal, vería otros mundos y podría establecer contacto con inteligencias distintas de la del hombre, idea que resulta singularmente moderna. Él anotó las conversaciones que sostuvo con estos seres no humanos, y cierto número de ellas fueron publicadas en 1659 por Meric Casaubon, con el título de *A true and faithfull relation of what passed*

between Dr. John Dee and some spirits (Verdico y fiel relato de lo que pasó entre el doctor John Dee y unos espíritus).

Otras conversaciones permanecieron inéditas, y sus manuscritos se encuentran en el «British Museum».

La mayor parte de las notas tomadas por John Dee y los libros que estaba preparando fueron, como vamos a ver, destruidos. Sin embargo, nos quedan elementos suficientes para que podamos reconstituir la lengua que hablaban aquellos seres y que Dee llamaba lengua enoquiana.

Esta es, o bien la primera lengua sintética, o bien la primera lengua no humana de que tenemos conocimiento. Es, en todo caso, una lengua completa, con su alfabeto y su gramática. Entre todos los textos en lengua enoquiana que se conservan, hay algunos que se refieren a matemáticas más avanzadas que las de la época en que vivió John Dee.

La lengua enoquiana constituyó la base de la doctrina secreta de la famosa sociedad de la Golden Dawn, a finales del siglo XIX.

Dee advirtió muy pronto que no conseguía recordar las conversaciones que sostenía con sus extraños visitantes. En aquellos tiempos, no existía ningún aparato para el registro mecánico de la palabra. Si hubiese podido disponer de un fonógrafo o de un magnetófono, el destino de Dee, o tal vez el del mundo, habría sido muy distinto.

Desgraciadamente, Dee tuvo una idea que le llevó a su perdición. Sin embargo, era perfectamente racional: encontrar alguien que contemplase el espejo mágico y hablase con los extraterrestres, mientras Dee tomaba notas. En principio, la idea era sencilla. Desgraciadamente, los dos visionarios reclutados por Dee, Barnabas Saul y Edward Talbott, resultaron ser unos canallas de la peor calaña. Se libró con bastante rapidez de Saul, que parece haber sido un espía a sueldo de sus enemigos. En

cambio, Talbott, que cambió su nombre por el de Kelly, permaneció aferrado a él. Tan aferrado que arruinó a Dee, sedujo a su esposa, los paseó por Europa, con el pretexto de hacer de él un alquimista, y acabó por destrozar completamente su vida. Dee murió en 1608, arruinado y absolutamente desacreditado. El rey Jacobo I, que había sucedido a Isabel, le negó una pensión, y Dee murió en la miseria. Nuestro único consuelo es pensar que Talbott, alias Kelly, murió en febrero de 1595, cuando trataba de evadirse de una cárcel de Praga. Como era muy alto y estaba demasiado gordo, la cuerda que había confeccionado se rompió, el hombre cayó y se fracturó las piernas y los brazos. Justo final de uno de los perdularios más siniestros que recuerda la Historia.

A pesar de la protección de Isabel, continuó la persecución contra Dee, cuyos manuscritos fueron robados, así como buena parte de sus notas.

Reconozcamos que, si se vio reducido a la miseria, lo había merecido en parte. En efecto: después de decirle a la reina Isabel que era alquimista, le pidió ayuda financiera. Isabel de Inglaterra le respondió, con buena lógica, que, si sabía fabricar oro, éste debía bastarle para cubrir sus necesidades. Por último, John Dee se vio obligado, para vivir, a vender su inmensa biblioteca, y su muerte se debió en parte al hambre.

La Historia ha conservado sobre todo los inverosímiles episodios de sus aventuras con Kelly, que son realmente pintorescas. Allí aparece por primera vez, y en particular, el intercambio de mujeres que se ha hecho actualmente tan popular en los Estados Unidos.

Pero estas escenas de Epinal oscurecen el verdadero problema, que es el de la lengua enoquiana, el de los libros del doctor John Dee que no pudieron publicarse jamás.

Jacques Sadoul, en su obra *El tesoro de los alquimistas*, refiere muy bien el aspecto propia-

mente alquímico de las aventuras del doctor Dee y de Kelly. Remito a ella al lector interesado.

Volvamos al lenguaje enoquiano y a sus consecuencias. Y hablemos ante todo de la persecución de que fue víctima John Dee, desde que empezó a anunciar que publicaría sus conversaciones con unos «ángeles» no humanos. En 1597, aprovechando su ausencia, unos desconocidos excitaron a la chusma, que asaltó su casa. Cuatro mil obras raras y cinco manuscritos desaparecieron definitivamente, y numerosas notas fueron quemadas. Después, a pesar de la protección de la reina de Inglaterra, prosiguió la persecución. Por último, el hombre destrozado, desacreditado, como lo será más tarde Madame Blavatsky, murió a los 81 años, en 1608, en Mortlake. Una vez más, la conspiración de los «Hombres de Negro» pareció haber triunfado.

La excelente enciclopedia inglesa, *Man, Myths and Magic*, observa acertadamente en su artículo sobre John Dee que: «Aunque los documentos sobre la vida de Dee son abundantes, no se ha hecho gran cosa para explicarlo y para interpretarlo.» Esto es perfectamente cierto.

En cambio, no faltan las calumnias contra Dee. En las épocas supersticiosas se afirmó que practicaba la magia negra. En nuestra época racionalista se afirma que era un espía, que practicaba la alquimia y la magia negra para disimular sus verdaderas actividades. Esta tesis es la sostenida por la enciclopedia inglesa que acabamos de citar.

Sin embargo, si examinamos los hechos, vemos, ante todo, un hombre muy dotado, capaz de trabajar veintidós de las veinticuatro horas del día, lector rapidísimo y matemático práctico de primer orden. Además, construye autómatas y es especialista en óptica y sus aplicaciones militares, así como en Química.

Es posible que fuese también ingenuo y crédulo. La historia de Kelly lo demuestra. Pero

no hay que excluir la posibilidad de que hiciese un descubrimiento muy importante, tal vez el más importante de toda la historia de la Humanidad. Me parece muy posible que Dee estableciese contacto por telepatía, clarividencia o cualquier otro medio parapsicológico, con seres no humanos. Era natural, dada la mentalidad de la época, que atribuyese a aquellos seres un origen angélico, más que hacerlos venir de otro planeta o de otra dimensión. Pero comunicó lo bastante con ellos para aprender una lengua no humana.

La idea de inventar una lengua completamente nueva no corresponde a la época de Dee, y tampoco concuerda con su mentalidad. Sólo mucho más tarde, inventará Wilkins la primera lengua sintética. El lenguaje enoquiano es absolutamente completo y no se parece a ninguna lengua humana.

Desde luego, es posible que Dee la sacase íntegramente de su subconsciente o del inconsciente colectivo, pero esta hipótesis es casi tan fantástica como la de la comunicación con seres extraterrestres. Por desgracia, a partir de la intervención de Kelly, las conversaciones son visiblemente amañadas. Kelly las inventa de cabo a rabo y hace decir a los ángeles o a los espíritus lo que le conviene. Y, desde el punto de vista de la inteligencia y de la imaginación, Kelly estaba poco dotado. Poseemos notas sobre una conversación en la que pide a un «espíritu» que le preste cien libras esterlinas, a devolver en quince días.

En cambio, antes de conocer a Kelly, Dee había publicado un libro extraño: *La Mónada jeroglífica*. Había trabajado siete años en este libro, pero, cuando levó la *Esteganografía*, lo terminó en doce días. Un hombre de Estado de su tiempo, Sir William Cecil, declaró que «los secretos que se encuentran en *La Mónada jeroglífica* son de la mayor importancia para la seguridad del reino».

Naturalmente, se ha querido relacionar estos

secretos con la criptografía, cosa que es bastante probable. Pero me parece excesivo que se quiera hacer depender del espionaje todo lo referente a John Dee, pues los alquimistas y los magos utilizaban mucho la criptografía, en formas más complejas que las empleadas por los espías. Yo me sentiría más inclinado a tomar a Dee al pie de la letra y pensar que, por una especie de autohipnotismo producido por su espejo, o por otras manipulaciones, consiguió franquear una barrera entre los planetas o entre las dimensiones.

Desgraciadamente, y según confiesa él mismo, estaba desprovisto por completo de dotes paranormales. Dio un mal paso al contratar a unos «médioms», y la cosa terminó en desastre.

Por lo demás, un desastre provocado, explotado, multiplicado por los «Superiores», que no querían que publicase lisa y llanamente lo que había dicho en clave en *La Mónada jeroglífica*. La persecución de Dee empezó en 1587 y no terminó hasta su muerte. Esta persecución tuvo también lugar en el continente, donde el rey de Polonia y el emperador Rodolfo II recibieron mensajes de advertencia «de los espíritus» contra Dee, y donde el nuncio del Papa presentó al emperador Rodolfo, el 6 de mayo de 1586, un documento en el que se acusaba a Dee de nigromancia.

Fue un hombre desanimado el que regresó a Inglaterra, negándose a publicar sus obras, y que murió siendo rector del «Colegio de Cristo», en Manchester, cargo que ejerció desde 1595 hasta 1605 y que, según parece, no le dio muchas satisfacciones.

Digamos, a propósito de este cargo, que existe un problema que no ha sido resuelto. Aproximadamente en la misma época, el zar de Rusia invitó a John Dee a trasladarse a Moscú, en calidad de consejero científico. Percibiría un salario de dos mil libras esterlinas al año, enorme cantidad equivalente a unas doscientas mil libras actuales, dispondría de una mansión

señorial y disfrutaría de una posición que, según la carta del zar, «debía hacer de él uno de los hombres más importantes de Rusia». Sin embargo, John Dee rehusó. ¿Se opuso, quizás, Isabel de Inglaterra? ¿O bien fue objeto de amenazas?

No lo sabemos, pues los documentos son demasiado vagos. En todo caso, las numerosas calumnias según las cuales Dee, completamente dominado por Kelly, había recorrido el continente esquilmando, uno tras otro, a los príncipes y a los ricos, no pueden sostenerse si se tiene en cuenta esta negativa. Tal vez temió que el zar le obligase a poner en práctica los secretos que había descubierto, para asegurar a Rusia la dominación del mundo.

Sea de ello lo que fuere, Dee se nos presenta como un hombre que recibió la visita de seres no humanos, que aprendió su lengua y que trató de establecer con ellos una comunicación regular. El caso es absolutamente único, sobre todo tratándose de un hombre del valor intelectual de John Dee.

Desgraciadamente, nada podemos deducir, partiendo de lo que nos legó Dee, sobre el lugar donde moraban estos seres, ni sobre su naturaleza física. Dice, simplemente, que son telépatas y que pueden viajar en el pasado y en el futuro. Es la primera vez, que yo sepa, que se formula la idea del viaje en el tiempo.

Dee esperaba aprender de estos seres todo el conjunto de las leyes naturales, todo el desarrollo futuro de las matemáticas. No se trataba, pues, de nigromancia, ni siquiera de espiritualidad. Dee adoptaba la posición del sabio que quería descubrir secretos, secretos cuya naturaleza era esencialmente científica. Él mismo se calificaba, en todo momento, de filósofo matemático.

La mayor parte de las notas desaparecieron en el incendio de su casa; otras fueron destruidas, en varias ocasiones, por personas muy distintas. Nos quedan algunas alusiones con-

tenidas en *La verdadera relación de Casanhou* y en ciertas notas que aún se conservan. Estas indicaciones son sumamente curiosas. Dec afirma, en particular, que la proyección de Mercator no es más que una primera aproximación. Según él, la Tierra no es exactamente redonda, o, al menos, está compuesta de varias esferas superpuestas, alineadas a lo largo de otra dimensión.

Entre estas esferas, habría puntos o más bien superficies de comunicación, y, de este modo, Groenlandia se extendería en el infinito sobre otras tierras diferentes de la nuestra. Por esto, insistía Dec en varias instancias dirigidas a la reina Isabel, convenía que Inglaterra se apoderase de Groenlandia, para tener en sus manos la puerta de otros mundos.

Otra indicación: las matemáticas estaban solamente en su principio, y se podía ir mucho más lejos que Euclides, el cual, hay que recordarlo, fue traducido por primera vez al inglés por Dec. Éste tenía toda la razón al afirmar esto, y las geometrías no euclidianas que debían aparecer más tarde confirman su punto de vista.

Es posible, dice también John Dec, construir máquinas totalmente automáticas que realicen todo el trabajo del hombre. Esto, añade, ha sido ya realizado en otra parte, en 1585... Ojalá supiésemos dónde.

Insiste también en la importancia de los números y en la considerable dificultad de la aritmética superior. Una vez más, tiene razón. La teoría de los números ha resultado ser la rama más difícil de las matemáticas, mucho más que el álgebra o la geometría.

Es muy importante, observa John Dec, estudiar los sueños, que revelan, a la vez, nuestro mundo interior y mundos exteriores. Éste punto de vista, perfectamente jungiano, le sitúa muy por delante de su época. Es esencial, advierte también, ocultar a las masas secretos que pueden ser sumamente peligrosos. Aquí encon-

tramos otra idea moderna. Como la encontramos en el tema permanente del Diario de Dee, a saber, que se pueden conseguir facultades perfectamente naturales e ilimitadas con el conocimiento de la Naturaleza, pero que se necesita gastar mucho dinero en la investigación.

Para tener este dinero buscó la protección de los grandes e intentó fabricar oro. No consiguió ninguna de ambas cosas. Si hubiese podido encontrar un mecenas, habría cambiado el mundo.

Entre las personas a quienes conoció ¿se encontraba William Shakespeare (1564-1616)? Me inclino a creer que sí. Cierta número de críticos shakespearianos están de acuerdo en admitir que John Dee es el original del personaje Próspero, de *La Tempestad*. En cambio, todavía no ha habido, que yo sepa, antishakespearianos lo bastante locos para imaginar que la obra de Shakespeare fue escrita por John Dee. Sin embargo, Dee me parece un candidato mejor que Francis Bacon a este respecto.

A propósito, no puedo resistir la tentación de citar una teoría del humorista inglés A. A. Milne. Según él, Shakespeare no escribió solamente su propia obra, sino también *Novum Organum*, por cuenta de Francis Bacon, ¡que era completamente analfabeto! Esta teoría enfureció a los baconianos, es decir, a los que sostienen que Francis Bacon escribió la obra de Shakespeare.

Liquidemos de pasada otra leyenda: John Dee no tradujo jamás el libro condenado, el *Necronomicon* de Abdul Al Azred, por la sencilla razón de que esta obra no ha existido nunca. Pero, como dice acertadamente Lin Carter, si el *Necronomicon* hubiese existido, Dee habría sido, evidentemente, el único hombre capaz de procurárselo y de traducirlo.

Desgraciadamente, el *Necronomicon* fue inventado de cabo a rabo por Lovecraft, el cual me lo confirmó en una carta. Es una lástima.

La piedra negra, procedente de otro universo,

recogida en primer lugar por el conde de Peterborough y, después, por Horace Walpole, se halla actualmente en el «British Museum». Este no permite que se utilice ni que sea sometida a ciertos análisis. Es una decisión lamentable. Pero, si los análisis del carbono que compone esta piedra diesen una forma isotópica distinta de la del carbono terrestre, demostrando que la piedra viene de otra parte, todo el mundo se sentiría aturrullado.

La *Mónada jeroglífica* de Dee puede encontrarse o conseguirse en forma de fotocopias. Pero, sin las claves correspondientes a los diversos códigos de la obra, y sin los otros manuscritos de John Dee, quemados en Mortlake o destruidos por orden del rey Jacobo I, no puede servirnos de gran cosa. Sin embargo, la historia del doctor John Dee no ha terminado, y necesitaré otros dos capítulos para contar su continuación.

CAPÍTULO VI

EL MANUSCRITO VOYNICH

El doctor John Dee fue coleccionista empedernido de manuscritos extranjeros. Fue él quien, entre 1584 y 1588, regaló al emperador Rodolfo II el extraño manuscrito Voynich.

La historia de este manuscrito ha sido contada reiteradas veces, en particular por mí mismo en *L'Homme eternal* (1) y en *Los extraterrestres en la Historia* (2). Sin embargo, creo que conviene recordarla desde el principio.

El duque de Northumberland saqueó gran número de monasterios durante el reinado de Enrique VIII. En uno de estos monasterios, encontró un manuscrito que su familia comunicó a John Dee, cuyo interés por los problemas extraños y los textos misteriosos era bien conocido. Según los documentos encontrados, el manuscrito en cuestión había sido escrito por el propio Roger Bacon. Roger Bacon (1214-1294) ha sido considerado por la posteridad como un gran mago. En realidad, se interesaba sobre todo por la que nosotros llamamos experimentación científica, de la que fue pionero.

(1) Editions Gallimard.

(2) Colección «Otros Mundos», Plaza & Janés.

Predijo el microscopio y el telescopio, los barcos propulsados por motores, los automóviles y las máquinas voladoras.

Se interesaba también por la criptografía, de la que habla en la *Epístola sobre las obras secretas del arte y la nulidad de la magia*. Dee pudo pensar, pues, perfectamente, que un manuscrito inédito y cifrado de Roger Bacon tenía muchas probabilidades de contener asombrosos secretos. Su hijo, el doctor Arthur Dee, al hablar de la vida de John Dee en Praga, alude a «un libro de incomprensible texto, que mi padre trató en vano de descifrar». Dee regala el manuscrito al emperador Rodolfo. Después de múltiples aventuras, el documento va a parar al librero Hans P. Kraus, de Nueva York, que lo tiene en venta desde 1962, por el módico precio de 160.000 dólares. No es caro, si el libro contiene todos los secretos del mundo; pero lo es mucho, si sólo se trata de un compendio de los conocimientos científicos del siglo XIII.

Ya hemos hablado del papiro egipcio que debía revelar, en principio, «todos los secretos de las tinieblas» y que resultó explicar únicamente el método para la solución de las ecuaciones de primer grado. Por consiguiente, hay que mostrarse desconfiado, aunque se trate del manuscrito Voynich. Por mi parte, pienso que este manuscrito Voynich es un buen ejemplo de libro condenado que se ha librado de la destrucción por la única razón de que no se consigue descifrarlo, motivo por el cual no constituye un peligro inmediato.

Es un volumen en octavo, de 15 por 27 cm; falta la cubierta, y, según la numeración, se han perdido veintiocho páginas. El texto aparece iluminado de azul, amarillo, rojo, castaño y verde. Los dibujos representan mujeres desnudas de pequeñas dimensiones, diagramas (¿astronómicos?) y unas cuatrocientas plantas imaginarias. La escritura parece medieval vulgar. El examen grafológico permite sacar la conclusión de que el escribiente conocía el

lenguaje que utilizaba: copió de un modo seguido y no letra por letra.

La clave empleada parece sencilla, pero nadie ha conseguido interpretarla.

El manuscrito aparece el 19 de agosto de 1666, cuando el rector de la Universidad de Praga, Joannes Marcus Marci, lo envía al célebre jesuita Atanasio Kircher, que era, entre otras cosas, especialista en criptografía, en jeroglíficos egipcios y en continentes desaparecidos. Era el hombre más adecuado para enviarle este texto, pero no consiguió descifrarlo.

El manuscrito fue estudiado después por el sabio checo Johannes de Tepencz, favorito de Rodolfo II. Se advierte una firma de Tepencz en uno de los márgenes, pero tampoco él consiguió descubrir el secreto. Fracasado, Kircher deposita el manuscrito en una biblioteca de los jesuitas. En 1912, un librero llamado Willfred Voynich compra el manuscrito al colegio jesuita de Mondragone, en Frascati, Italia. Lo lleva a los Estados Unidos, donde numerosos especialistas ponen manos a la obra. La mayoría de las plantas siguen sin posible identificación. En los diagramas astronómicos, se identifican las constelaciones de Aldebarán y de las Híadas; pero este no sirve de gran cosa. La opinión general es que se trata de un texto cifrado, pero en una lengua desconocida. El Vaticano abre sus famosos archivos para ayudar a la investigación. Sin resultado.

Se hacen circular numerosas fotografías, enviadas a los grandes especialistas en lenguajes cifrados. Fracaso total.

En 1919, llegan unas fotocopias a manos del profesor William Romaine Newbold, decano de la Universidad de Pensilvania. Newbold tiene entonces 54 años. Es especialista en lingüística y en criptografía.

En 1920, Franklin Roosevelt, a la sazón auxiliar del Ministerio de Marina, le felicita por haber descifrado una correspondencia entre espías, cuyo secreto no habían podido descubrir

crito Voynich debería ir seguido de una censura seria, antes de ser publicado. Pero, ¿quién ejercería esta censura? Como dice el proverbio latino, ¿quién guardará a los guardianes? Me pregunto si se habrá mostrado alguna vez una fotocopia del manuscrito Voynich a un gran intuitivo del tipo de Edgar Cayce, que habría podido traducirlo sin someterse a los laboriosos procedimientos del descifrado. Habría bastado con que encontrase la clave, y los ordenadores hubieran hecho lo demás. Se puede encontrar una fotografía de una página del manuscrito Voynich en la página 855 del libro ya citado de David Kahn, edición inglesa de «Weidenfeld y Nicholson». Naturalmente, nada puede deducirse de ella. Pero llama la atención el número de repeticiones. Repeticiones que, digámoslo de paso, fueron observadas por numerosos especialistas en criptografía, que sacaron de ellas conclusiones contradictorias.

Pero el simple hecho de que se puedan encontrar estas fotografías representa ya un considerable fracaso para los «Hombres de Negro». Y sería de desear que quienquiera que poseyese un documento de esta clase lo difundiese lo más posible por medio de la fotografía, a fin de evitar su destrucción. Si la francmasonería europea hubiese tomado esta precaución antes de la guerra de 1939-1945, ciertos documentos únicos no habrían sido destruidos. Esta destrucción de documentos masónicos fue realizada por comandos especiales. Cada uno de estos comandos estaba dirigido por un nazi, ayudado por franceses, belgas u otros ciudadanos del país en que se realizaba la destrucción. Estos comandos estaban notablemente bien informados. Hay que observar que los franceses que participaron en esto gozaron de una inmunidad muy extraña durante la depuración que siguió a la liberación de 1944. Inmunidad, desde luego, muy singular, puesto que sólo se aplicó a esta clase de colaboracionistas. Mientras otros, puramente intelectuales, como el

poeta Robert Brasillach, fueron duramente castigados, los especialistas de la acción antimasónica no sufrieron el menor ataque.

Volviendo al manuscrito Voynich, tengo buenas razones para creer que se destruyó una versión en lenguaje normal. En efecto, Roger Bacon tenía en su poder un documento que, según él, había pertenecido al rey Salomón, y que contenía las claves de los grandes misterios. Este libro, compuesto de rollos de pergamino, fue quemado en 1350 por orden del Papa Inocencio VI. Esto se justificó diciendo que el documento contenía un método para invocar a los demonios.

Si sustituimos demonio por ángel, y ángel por extraterrestre, podremos comprender muy bien los motivos de esta destrucción.

Pero ahora sabemos que estaba oculto en una abadía, y que, sólo cuando esta abadía fue saqueada por el duque de Northumberland, reapareció el manuscrito y fue puesto en conocimiento de John Dee. Según ciertas notas de Roger Bacon, el documento que tenía en su poder y que procedía de Salomón no estaba escrito en clave, sino, simplemente, en hebreo. Roger Bacon observa, a este respecto, que el documento se refería más a la filosofía natural que a la magia.

Bacon dice también: «El que escribe sobre cosas secretas de manera que no se oculten al vulgo es un loco peligroso.» Esto lo escribió, aproximadamente, en 1250. A continuación, explica el método de escritura secreta que requiere, en particular, el invento de letras que no existen en ningún alfabeto. Probablemente lo empleó para la traducción en clave del que podríamos llamar documento Salomón, pero que es más cómodo denominar manuscrito Voynich.

El lenguaje básico de este manuscrito es, probablemente, la misma lengua enoquiana que tenía que aprender John Dee a través de su espejo negro y de la que se hablará mucho

en el capítulo siguiente, a propósito de la Orden de la Golden Dawn.

Rastros de este libro se encontraban ya en Flavio Josefo. No hay que confundirlo con la *Pequeña Llave de Salomón*, ni con el *Testamento de Salomón*, ni con el *Lemegetón*. Todas estas compilaciones datan, como máximo, del siglo XVI, y algunas del XVIII.

Por lo demás, la mayoría de ellas carecen por completo de interés y nos dan, simplemente, listas de demonios.

El «libro de Salomón», que perteneció a Roger Bacon y fue quemado en 1350, era en verdad algo muy distinto. Fue probablemente esta obra, así como cierto número de otras «fuentes insospechadas y prohibidas», como decía Lovcraft, las que tradujo Roger Bacon a una lengua desconocida, poniéndolas después en clave. El desdichado Newbold, quizás amenazado y aterrorizado, tuvo que inventar métodos de descifrado y, sobre todo, mantener la ficción de que el texto estaba en latín, cuando sin duda no estaba en latín, sino en lengua enoquiána.

¿Cómo consiguió Bacon hacerse con este documento? De momento, sólo podemos presumirlo e imaginar que los «Hombres de Negro» no constituyen un grupo monolítico, sino que entre ellos hay algunos que quieren descubrir los secretos y lo consiguen, al menos en parte. Podemos imaginar también que estos «Hombres de Negro» son una organización terrestre muy localizada, ayudada en ocasiones por seres extraterrestres a título experimental. A propósito de esto, quisiera llamar la atención sobre el caso de Giordano Bruno.

Los racionalistas hicieron suyo este mártir y lo convirtieron en un hombre de ciencia, víctima de las tendencias más reaccionarias de la Iglesia. Nada más falso. Giordano Bruno era, sobre todo, un mago, que amaba y practicaba apasionadamente la magia. Compara ésta con una espada que, en manos de un hombre exper-

to, puede hacer milagros, e insiste en el papel representado por las matemáticas en la magia. Para él, la existencia de los otros planetas y la rotación de la Tierra alrededor del Sol constituye una parte secundaria de su obra, compuesta de sesenta y un libros, en su mayor parte mágicos. La existencia de otros planetas habitados es, para él, parte de la magia. Y precisamente porque sabe demasiado a este respecto es atraído a Venecia por un agente de la Inquisición, llamado Giovanni Mocenigo, y entregado por éste a sus dueños.

Porque creía en la magia y en habitantes de planetas distintos de la Tierra Giordano Bruno fue declarado hereje contumaz y quemado en Roma, en el Campo dei Fiori, el 17 de febrero de 1600. Vivió en Inglaterra desde 1583 hasta 1585, y es posible que conociese los trabajos de John Dee y el manuscrito Voynich. Por lo que sabemos de Giordano Bruno, era un hombre confiado e imprudente. Por lo visto, habló demasiado.

CAPÍTULO VII

EL MANUSCRITO MATHERS

El manuscrito Mathers, como la *Esteganografía* y el manuscrito Voynich, está en clave. Pero tiene la buena cualidad de estar cifrado en una doble transposición relativamente sencilla, que permitió que fuese descifrado con bastante rapidez. Yo he visto varias hojas de esta interpretación, que me parece correcta. Y lo cierto es que condujo a la aventura oculta más extraordinaria de nuestros tiempos: la de la Orden de la Golden Dawn.

Llevó también a la redacción de un conjunto de documentos mágicos y condenados que, según creo, no ha sido aún publicado pero ha ocasionado ya no pocas catástrofes.

Empecemos por el principio.

Un clérigo inglés, el reverendo A. F. A. Woodford, pasea en Londres por Farrington Street. Entra en una tienda de libros de ocasión y encuentra en ella unos manuscritos cifrados y una carta en alemán. Esto ocurría en 1880. El reverendo Woodford empieza por leer la carta en alemán. La carta dice que quien descifre el manuscrito podrá comunicarse con la sociedad secreta alemana *Sapiens Donabitur Astris* (SDA), por mediación de una dama llamada Anna

Sprengel. Después, se le darán otras informaciones, si es digno de ellas.

El reverendo Woodford, francmasón y rosacruz, habla de su descubrimiento a dos amigos suyos, el doctor Woodman y el doctor Winn Westcott, ambos eruditos eminentes y, además, cabalistas. Ocupan puestos elevados en la masonería. El doctor Winn Westcott es *coroner*, cargo judicial muy conocido por los lectores de novelas policíacas inglesas. El *coroner* tiene algo de médico forense y algo de juez de instrucción. En caso de muerte sospechosa, convoca a un jurado y éste dicta un veredicto que puede determinar la intervención de la Justicia y de la Policía. Uno de estos veredictos se hizo famoso en el siglo XIX: el jurado había llegado a la conclusión de que un desconocido encontrado muerto en un parque londinense había sido matado «por personas o cosas desconocidas». Me gustaría poder afirmar que fue el doctor Westcott quien redactó este veredicto en una forma tan singular. No tenemos pruebas de ello, pero veremos, más adelante, que el doctor Westcott perdió su cargo de *coroner* en circunstancias muy extrañas.

En todo caso, Woodman y Westcott han oído hablar de la *Sapiens Donabitur Astris*. Se trata de una sociedad secreta alemana compuesta principalmente de alquimistas. Y fue esta sociedad la que, gracias a medicamentos alquímicos, salvó la vida de Goethe cuando los médicos corrientes habían renunciado a curarle.

Es un hecho perfectamente demostrado, y la Universidad de Oxford publicó incluso un libro titulado *Goethe, el alquimista*. La SDA parece existir aún en nuestros días; estuvo relacionada con los «círculos cósmicos» organizados por Stephan George y que lucharon contra Hitler. El conde Von Stauffenberg, organizador del atentado del 20 de julio de 1944, formaba parte de estos círculos cósmicos. El último representante de la SDA fue el barón Alexander von Bernus, fallecido recientemente.

Westcott y Woodman consiguen descifrar el manuscrito con bastante facilidad y escriben a la señora Anna Sprengel. Reciben instrucciones en el sentido de que continúen su trabajo. Entonces, buscan la ayuda de otro francmasón, un personaje muy indefinido, llamado Samuel Liddell Mathers, casado con la hermana de Henri Bergson. Es un hombre de una cultura asombrosa, pero también de ideas bastante vagas. Redacta el conjunto, inédito, de los «rituales Mathers». Estos rituales se componen de extractos del documento alemán original, de otros documentos poseídos por Mathers y de mensajes recibidos por la señora Mathers por clarividencia. El conjunto es sometido en Alemania a la SDA, la cual autoriza al pequeño grupo inglés a fundar una sociedad oculta exterior, es decir, abierta. La sociedad se llamará *Order of the Golden Dawn in the outer*: Orden del Alba Dorada en el Exterior. El 1 de marzo de 1888, esta autorización es remitida a Woodman, Mac Gregor, Mathers y el doctor Westcott. Mientras tanto, Samuel Liddell Mathers ha añadido a su nombre el título de conde de Mac Gregor, y ahora anuncia que es reencarnación de más de media docena de nobles y magos escoceses.

En 1889, se anuncia oficialmente la creación de esta sociedad. Es de advertir que es ésta la única vez, en el curso de los siglos XIX y XX, que una autoridad esotérica calificada, la SDA, concede autorización para fundar una sociedad exterior. Jamás ha vuelto a darse una autorización como ésta, y no es de aconsejar que se funden sociedades de esta clase sin permiso: quien lo hiciera se atraería graves disgustos.

Después de la muerte, al parecer natural, del doctor Woodman, la Orden es dirigida por Westcott y Mathers. En 1897, Westcott tiene la mala fortuna de dejarse olvidados en un taxi ciertos documentos reservados de la Orden. Estos documentos llegan a manos de la Policía, la cual considera que no es conveniente que un *coroner* se dedique a tales actividades, pues podría ver-

se tentado a utilizar los cadáveres que tiene a su disposición para operaciones de nigromancia. Westcott sale de la Orden, considerando que es lo mejor para él.

La sociedad empieza a crecer y atrae a personas de inteligencia y cultura indiscutibles. Citaremos a Yeats, que había de ganar el Premio Nobel de Literatura, a Arthur Machen, Algernon Blackwood, Sax Rohmer, el historiador A. E. Waite y la célebre actriz Florence Farr, entre otros muchos. Los hombres de más inteligencia e imaginación de la época, en Inglaterra, forman parte de la Golden Dawn. La logia principal está en Londres. Su jefe, el *Imperator*, es W. B. Yeats.

Hay otras logias en la provincia inglesa y en París, donde pasa Mathers largas temporadas.

La Orden tiene dos niveles:

— el primero, dividido en doce grados y dedicado a la enseñanza;

— el segundo, sin grados ni categorías, dedicado a la investigación.

La enseñanza versa sobre la lengua enoquiana de John Dee, del que se da una traducción desde el primer grado del primer nivel. Desgraciadamente, estas traducciones han sido destruidas u ocultadas. Pero se conservan algunos textos enoquianos y en particular uno que permite hacerse invisible: «Ol sonuf vaorsag goho iad balt, lonsh calz vonpho. Sobra Z-ol ror I ta nazps.» Lo cual no presenta la menor semejanza con ninguna lengua conocida. Se decía que, si se pronunciaba correctamente esta fórmula ritual, uno era rodeado por una elipsoide de invisibilidad a una distancia media de 45 centímetros del cuerpo. No veo nada que objetar.

La enseñanza versaba, pues, sobre la lengua enoquiana, la alquimia y, sobre todo, el dominio de uno mismo.

A partir del segundo grado del primer nivel, el candidato era tratado de manera que eliminase todas las enfermedades mentales y todas las flaquezas. Conocemos unos cincuenta trata-

mientos de esta clase que parecen haber sido muy eficaces.

Durante cinco o seis años, la Orden satisface a todo el mundo, y todos sus miembros dicen que han progresado mentalmente. Después, Mathers empieza a hacer de las suyas. El 29 de octubre de 1896, publica un manifiesto en el que afirma que existe un tercer nivel de la Orden. Éste está constituido, según él, por seres sobrehumanos, de los que dice:

«Por mi parte, creo que son humanos y que viven en esta Tierra. Pero poseen terribles poderes sobrehumanos. Cuando los vi en lugares frecuentados, ni su aspecto ni sus vestidos los distinguían de las personas corrientes, salvo una impresión de salud trascendente y de vigor físico.

»En otras palabras, el aspecto físico que debe dar, según la tradición, la posesión del elixir de larga vida. En cambio, cuando los encuentros tenían lugar en sitios inaccesibles desde el exterior, llevaban túnicas simbólicas y las insignias de su rango.»

Naturalmente, se puede pensar lo que se quiera del contenido de este manifiesto, y atribuirlo a la locura de Mathers, pero también es posible que no mintiese. Todo lo que podemos decir es que habría hecho mejor en callar. En primer lugar, fue objeto, a partir de aquel momento, de una persecución que le llevó a la muerte en 1917. En segundo lugar, su manifiesto atrajo a personajes muy poco recomendables, como el célebre Aleister Crowley.

Personaje siniestro y sin duda megalómano, y en todo caso extravagante, Crowley apareció un buen día de 1900 en la Logia de Londres. Llevaba antifaz negro y traje escocés. Declaró haber sido enviado por Mathers, para asumir la dirección de la Logia. La reacción fue violenta. Yeats, *Imperator* de la Logia, hizo destituir a Mathers y expulsar a Crowley. A. E. Waite puso en duda la existencia del tercer nivel y de los superiores desconocidos.

En 1903, Waite y cierto número de amigos suyos dimitieron y fundaron una nueva Orden, llamada también Golden Dawn. Esta Orden se mantuvo hasta 1915 y, después, desapareció. Los restantes miembros de la Golden Dawn continuaron hasta 1905; después, Yeats, Arthur Machen y Winn Westcott dimitieron.

La Orden continuó, dando trompicones, bajo la dirección de un tal doctor Felkin; después, fue de mal en peor y se extinguió poco a poco. Así terminó lo que Yeats había llamado «primera rebelión del alma contra el intelecto, pero no la última». Parece que Mathers retiró el conjunto de fórmulas rituales que permitían reproducir ciertos fenómenos. Todas las tentativas de publicarlas fracasaron, debido a que los manuscritos ardían o el propio Mathers caía enfermo. Murió en 1917, completamente destrozado. Algunos dicen que Crowley fue su principal perseguidor; pero, en realidad, parece que Crowley no fue más que un megalómano poco peligroso.

Si la mayor parte de los rituales de Mathers han desaparecido, se han publicado algunos de ellos, así como cursos dados por la Golden Dawn. Los principales son los contenidos en cuatro volúmenes publicados en los Estados Unidos por el doctor Israel Regardie, y en *The Golden Dawn its inner teaching*, de R. G. Torrens BA, aparecido a principios de 1971 (editor, Neville Spearman, Londres).

Este último libro tiene la doble ventaja de estar escrito de un modo racional y de dar, al final de cada uno de sus cuarenta y ocho capítulos, una bibliografía breve y precisa.

Además, poseemos muchos testimonios sobre la Golden Dawn.

Es, pues, posible sacar conclusiones: Lo primero que llama la atención es el notable nivel de inteligencia y de cultura de la mayoría de sus miembros. La Golden Dawn contaba no sólo con grandes escritores, sino también con físicos, matemáticos, expertos militares, médicos. Podemos dar por cierto que todos los que conocie-

ron la Golden Dawn salieron enriquecidos de ella. Todos insisten en el embellecimiento de su vida, en la nueva plenitud, en el sentido de la belleza que les dio la Golden Dawn.

Gustav Meyrinck escribió: «Sabemos que existe un despertar del yo inmortal.»

Parece seguro que la Golden Dawn sabía provocar este despertar, y que había realizado el sueño eterno de los alquimistas, los gnósticos, los cabalistas y los rosacruces, por no citar más que algunas tendencias investigadoras: la transmutación del hombre mismo.

Por muy escéptico que sea uno con respecto a la magia —y mi escepticismo personal es bastante considerable—, no es menos cierto que la Golden Dawn consiguió una experiencia mágica inigualada, que yo sepa, en toda la historia de la Humanidad. Y no sólo la consiguió, sino que también fue capaz de enseñarla.

Durante milenios, el hombre soñó con un estado de conciencia más despierto que la propia vigilia. La Golden Dawn lo alcanzó. Esto es cierto. Lo que no es seguro, aunque sí muy probable, es que la Golden Dawn consiguiera traducir el alfabeto enoquiano de John Dee y que sus dirigentes leyesen la obra de John Dee, la de Triteño y tal vez el manuscrito Voynich, si poseían una copia de él. Posibilidad que no hay que descartar, pues John Dee debió de hacer varias de estas copias.

Admitido esto, se plantea la evidente cuestión de saber por qué una acumulación tal de conocimientos y de poder no alcanzó a constituir una verdadera central de energía, una resplandeciente ciudadela que dominase al siglo xx. Sabemos que la Golden Dawn provocó mucha hostilidad, pero también es cierto que se descompuso desde dentro, más que ser destruida desde el exterior.

Se quiso atribuir a Aleister Crowley la responsabilidad de esta destrucción. Es absolutamente cierto que este presunto mago estaba loco de remate. Pero, además de su locura, con-

sistente en un tipo bastante clásico de delirio sexual, Crowley tenía el don extraordinario de mezclarse en asuntos inverosímiles. Durante la Primera Guerra Mundial se colocó al lado de Alemania y acusó violentamente a Inglaterra. Algunos pretenden que fue él quien, gracias a informaciones suministradas al Servicio Secreto alemán, hizo posible que un submarino alemán torpedease al transatlántico americano *Lusitania*, cuyo hundimiento precipitó la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Crowley tuvo bastantes disgustos en los Estados Unidos y se trasladó a Sicilia, donde erigió una abadía maldita en Cefalú (actualmente, en aquel lugar hay una aldea del «Club Mediterráneo»).

En la abadía de Crowley se produjo un hecho deplorable. Un poeta de Oxford, llamado Raoul Loveday, bebió la sangre de un gato durante una misa negra y murió instantáneamente, según tenía bien merecido. Su viuda armó un gran escándalo, y, presionado por la Prensa, Crowley fue expulsado de Sicilia en 1923.

Después vivió en Inglaterra, donde pleiteó contra la Prensa por difamación. Los jueces resolvieron que Crowley era el personaje más detestable que jamás hubiesen conocido y se negaron a concederle la menor indemnización. Entonces cayó en la más negra miseria y murió, en 1947, en una pensión familiar de Hastings. La impresión que se desprende de su vida y de su obra es que se trataba de un desgraciado, merecedor de un tratamiento médico, más que de un personaje peligroso. Por otra parte, Crowley no fue el único truhán que abusó de Mathers.

Alrededor del año 1900, éste fue víctima de una pareja llamada Horos, que se decían representantes de los Superiores desconocidos y que fueron condenados, un año después, como vulgares estafadores. Entonces, la Prensa habló mucho de la *Golden Dawn*, y esto provocó algunas dimisiones.

La Prensa se ocupó igualmente de la *Golden*

Dawn en 1910, cuando Mathers trató de impedir la aparición de *Equinox*, periódico editado por Crowley sin autorización de la Golden Dawn. El tribunal inglés competente levantó el secuestro, y el número salió a la calle.

Desde luego, esto no sirvió para aumentar el prestigio de Mathers; fueron muchos los que dijeron que, si Mathers hubiese tenido poderes extraordinarios, habría podido destruir a Crowley, o que, si los hubiese tenido Crowley, habría podido liquidar a Mathers. Por lo demás, abundan los ejemplos de duelos modernos entre brujos que no han dado, en general, resultados espectaculares. Es seguro que la ingenuidad de Mathers perjudicó mucho a la Golden Dawn, pero no parece que fuese ésta la causa principal de su decadencia.

Por los datos que pude recoger personalmente, parece que el ejercicio de cierto número de poderes, y en particular de la clarividencia, llegó a ser una verdadera droga para los miembros de la Orden, y, a partir de 1905, cesó toda clase de estudio. Creo que hay que buscar aquí la causa del fracaso de una aventura que pudo ser mucho más extraordinaria de lo que fue en realidad.

Las diversas sociedades secundarias fundadas por los disidentes, sin autorización, como la *Stella Matutina*, fundada por el doctor Felkin, la *Argenteum Astrum*, fundada por Aleister Crowley, y la *Sociedad de la Luz Interior*, fundada por la escritora Dion Fortune, seudónimo de Violette Firth, no parecen haber prosperado mucho.

Esta última sociedad existe aún, y la señora Firth ha escrito cuentos y novelas muy interesantes.

Hay que decir, para trazar un cuadro completo, que la Golden Dawn contó con elementos cristianos pertenecientes a la iglesia católica anglicana, principalmente el gran escritor Charles Williams, autor de *La Guerra del Grial*, y el místico Evelyn Underhill.

Algunos documentos de la Golden Dawn se refieren al esoterismo cristiano y son considerados bastante serios por los especialistas en estos asuntos.

Tenemos, por otra parte, obras místicas o traducciones de Mathers: *La Cábala* (1889), *Salomón, rey* (1889), *La magia sagrada de Abramelin* (1898). Este último libro es traducción de un manuscrito que encontró Mathers en la Biblioteca del Arsenal, verdadera mina de documentos extraños. Recientemente, alrededor del año 1962, se editó en París un texto bastante completo.

Tenemos, pues, a nuestra disposición, muchos elementos interesantísimos; pero nos falta el ritual completo de Mathers. Este ritual debía ser el colmo de los libros condenados, resumen de la mayor parte de ellos y reveladores de cosas extraordinarias. No parece absurdo que Mathers hubiese conseguido, de este modo, una forma de conciencia superior, que él interpretó como contacto con unos superiores desconocidos. Y tampoco es de extrañar que la gente se cebase en Mathers.

Pero toda esta historia discurrió en nuestra época, cuando Mathers podía utilizar la fotografía. Por tanto, no es imposible que sacase un número suficiente de fotos y que no todas éstas fuesen destruidas. En 1967, pudo esperarse el descubrimiento de los rituales completos de Mathers. Aquel año, se hundió una colina de la orilla del canal de la Mancha, minada por las aguas, y objetos procedentes de la Golden Dawn, que habían sido enterrados en aquélla, cayeron al borde del mar. Desgraciadamente, el examen de estos objetos demostró que se trataba de instrumentos de trabajo y de textos de lecciones, así como de notas tomadas en el curso de estas lecciones. Ninguno de los documentos procedía de Mathers.

Se ha discutido mucho sobre las influencias que jugaron en la redacción de los diversos cursos de la Golden Dawn. Hemos citado ya las

influencias cristianas. Se encuentran también muchas ideas de Blake, sin duda introducidas por Yeats. Y, naturalmente, se hallan muchísimas referencias a la cábala, derivadas visiblemente de los estudios de Mathers.

En cambio, no se encuentra la traducción de la lengua enoquiana al lenguaje corriente, ni su aplicación a los experimentos. La palabra «enoquiana» es, por sí sola, bastante curiosa. Los diversos «libros de Enoc» son apócrifos y relativamente recientes, y explican los viajes milagrosos del profeta Enoc a otros planetas e incluso a otros universos. Encontramos ediciones que datan de 1883 y de 1896.

La lengua enoquiana de John Dee es una cuestión completamente distinta. Dee conocía la leyenda de Enoc, conducido a otros planetas por una criatura luminosa, y dio el nombre de lengua enoquiana a la que hablaba el ser luminoso que se le apareció. Pero no existe ningún libro de Enoc contemporáneo de la Biblia, como creen algunos ingenuos. Tampoco hay razones serias para creer que los dos libros de Enoc procedan de los gnósticos. No se conoce ningún ejemplar anterior al siglo XVIII, ni siquiera en forma de manuscrito.

Los pocos testigos supervivientes de la Golden Dawn refieren cosas muy curiosas, pero que nadie está obligado a creer, acerca de las aplicaciones del lenguaje enoquiano. Hablan, por ejemplo, del «ajedrez enoquiano», un juego parecido al ajedrez, pero cuyas piezas eran parecidas a dioses egipcios. Se jugaba contra un adversario invisible, y las piezas de una mitad del tablero se movían solas.

Aunque consideremos este experimento como una mezcla de escritura automática y telecinesis, tiene de todos modos cierta belleza poética. Y esto nos hace lamentar aún más la desaparición de los rituales de Mathers.

Lo único que podemos esperar es que esta desaparición no sea definitiva. Si Mathers tomó precauciones, debió ocultar en Londres o en

París juegos de fotografías que algún día volverán a la luz. A menos que la misteriosa sociedad alemana SDA intervenga por su parte.

Alejandro von Bernus parece indicar, en *Alquimia y Medicina*, que esta sociedad sigue con vida. Tal era, también, la opinión de mi malogrado amigo Henri Hundwald, el europeo que más sabía de este tipo de cuestiones. Tal vez, un día, se dará una nueva autorización para fundar una sociedad exterior.

CAPÍTULO VIII

EL LIBRO QUE VUELVE LOCO: *EXCALIBUR*

En el momento en que escribimos esto, un yate muy lujoso recorre los océanos del globo. Enarbola un pabellón que no es de ningún país conocido o desconocido. Hay, a bordo, unos cuantos guardias armados, pues, en varias ocasiones, alguien ha intentado forzar la caja fuerte del capitán; esta caja fuerte contiene un libro muy peligroso, cuya lectura vuelve loco y que se titula *Excalibur*.

Para que esta historia sea comprensible, debemos referirnos a la vida del propietario del yate, un americano llamado Lafayette Ron Hubbard, y a sus dos descubrimientos: la dianética y la cientología. La historia de Hubbard ha sido contada, generalmente en tono humorístico, por Martin Gardner, en *Los brujos desenmascarados*, y por mí mismo, en *Reír con los sabios*. Pero algunos hechos nuevos, acaecidos en el curso de los dos últimos años, parecen indicar que hay algo más que una historia graciosa. Trataré de referirla con la mayor imparcialidad posible.

Lafayette Ron Hubbard es, sin duda, un explorador y un oficial de Marina americano su-

mamente valeroso. Fue también —ya no cultiva este género— uno de los mejores autores americanos de obras fantásticas y de ciencia-ficción. Entre sus novelas traducidas al francés, citaremos *Le bras droit de la mort* (El brazo derecho de la muerte) («Hachette»).

Lo mejor de su obra, en el campo de lo fantástico y de la ciencia-ficción, fue escrito antes de la guerra de 1940. Durante esta guerra, y a consecuencia de una herida sufrida en un combate con los japoneses, Hubbard pasó por la experiencia de la muerte clínica. Le reanimaron; pero parece que conservó la conciencia, cuando esto era normalmente imposible, y que tuvo percepciones y sensaciones que jamás ha explicado por completo.

Lo cierto es que, después de la guerra, empezó a meditar sistemáticamente sobre el sistema nervioso humano. Y acabó concibiendo y comunicando a John Campbell, el célebre editor de obras de ciencia-ficción, una nueva teoría a la que puso el nombre de dianética.

La dianética era una especie de psicoanálisis adecuadísimo para seducir a los americanos. En efecto, éstos son muy aficionados al «hágalo usted mismo», y la dianética permite ejercitar el propio talento sobre alguien, sin haber hecho previamente ningún estudio.

La teoría general de la dianética admite, como Freud, la existencia de un inconsciente; pero, así como el inconsciente freudiano es extraordinariamente astuto —copiado del diablo—, el inconsciente de Hubbard es absolutamente estúpido. Nos impulsa a cometer las mayores estupideces porque lo toma todo al pie de la letra, es incapaz de captar lo significativo y se compone de una serie de registros o *engramas* (Hubbard emplea este término científico en un sentido que nada tiene que ver con el que se le da normalmente).

El inconsciente de Hubbard se forma muy pronto, principalmente durante la vida del feto. Basta, según Hubbard, que se diga a una mujer

encinta: «te empeñas en conducir por la izquierda», para que su hijo, una vez adulto, ¡caiga en el izquierdismo más extremado!

Si se consigue librar a un cerebro de todos sus engramas, anunció, triunfal, Hubbard, se producirá un sujeto perfectamente «claro». Este sujeto «claro», desprovisto de todo complejo, enteramente sano de espíritu, constituirá el embrión de una especie humana nueva, próxima a la superhumanidad. Esto puede conseguirse mediante una simple conversación con el sujeto, empleando las técnicas que Hubbard describe en sus artículos de *Astounding Science-Fiction* o en su libro *Dianetics*, que recién publicado, se convirtió en un *best-seller*.

Hubbard empezó por tratar a su mujer. En cuanto ésta adquirió la «claridad», pidió el divorcio, y lo obtuvo. Después, Hubbard trató a un amigo suyo, el cual, una vez se hubo convertido en «claro», mató a su esposa y se suicidó. Entonces, la popularidad de la dianética llegó a ser inmensa. En el año 1955, eran a miles los americanos que se trataban por la dianética. Los resultados no fueron tan sensacionales como al principio, pero este pequeño juego de salón tardó muy poco en hacer la competencia al psicoanálisis.

El psicoanálisis tiene la evidente ventaja de poder aplicarse a los animales. En los Estados Unidos, hay psicoanalistas para perros, mientras que no se conocen técnicos de dianética para los canes. En cambio, la dianética tiene la ventaja de ser rápida y poco costosa, y de presentar el psiquismo humano, no en términos complicados, sino en forma de diagramas bastante parecidos a los que nos permiten instalar un timbre eléctrico en nuestras casas. Y esto resulta mucho más cómodo.

Hubo, además, psicoanalistas que se sometieron al tratamiento y que, sin volverse absolutamente «claros», reconocieron que éste había sido muy beneficioso. Cuando leemos a Hubbard, no sacamos la impresión de que esté

más loco que Reich o que Ferenczy. Más bien diríamos que lo está menos. En lo que respecta a los recuerdos formados durante la vida del feto, Hubbard parece tener razón. El fenómeno parece haber sido comprobado clínicamente, y plantea un problema que sigue sin resolver: ¿cómo puede el feto, que aún no tiene sistema auditivo, oír lo que se dice a su alrededor? Sin embargo, lo oye, y esto está actualmente comprobado.

Sea lo que fuere, no puede decirse que la dianética sea una locura mayor o menor que el psicoanálisis. Ambos «marchan», no tan bien como los métodos del primitivo chamán, pero marchan. Toda psique realiza un esfuerzo tal para conseguir el equilibrio, que cualquier técnica puede mejorar temporalmente un psiquismo defectuoso. Desde luego, esta mejoría no es duradera, pues sólo los métodos químicos pueden curar de veras.

La dianética parecía destinada a no ser más que uno de tantos métodos curiosos, y así fue considerada por todo el mundo. Pero la historia sólo acababa de empezar. Después de reflexionar sobre los defectos de la dianética, Hubbard llegó a la conclusión de que ésta sólo curaba las cicatrices psíquicas debidas a los acontecimientos de esta vida terrestre, y en ningún caso las heridas producidas en vidas anteriores. Entonces, creó una nueva disciplina: la cientología.

La dianética fue un fuego de hojarasca; en cambio, la cientología, con un desarrollo lento y progresivo, conoció un crecimiento constante que hizo que, en 1971, el movimiento cientológico constituyese una fuerza mundial capaz de inquietar a muchas personas. Este movimiento cuenta con muchísimo dinero, de origen poco conocido. Se dice que Hubbard vendió su participación en el negocio original por una suma enorme; se habla de decenas de millones de dólares.

Hubbard escribió otros libros; entre ellos, *Scientology*. Y redactó, para información de al-

gunos amigos íntimos, recuerdos de sus vidas anteriores. Estos recuerdos proceden, según él, de una gran civilización galáctica, de la que no somos más que una colonia perdida.

Reunió sus recuerdos en un libro titulado *Excalibur*, que dio a leer a algunos voluntarios. Éstos se volvieron locos y, que yo sepa, siguen internados.

La dianética, el psicoanálisis, la cientología, e incluso los medicamentos conocidos, son incapaces de remediar a aquellos hombres: Hubbard sigue navegando por los océanos y tomando notas, mientras unos desconocidos tratan de forzar su caja fuerte y de leer *Excalibur*. Mientras tanto, la cientología se desarrolla hasta un punto que parece muy inquietante a numerosas personas. Charles Manson, el asesino de Sharon Tate, declaró que era el representante local de la cientología. Los cientólogos lo niegan, y Hubbard llega a afirmar que había denunciado a Manson al FBI, por considerar que constituía un peligro diabólico. Se acusa a los cientólogos de dominar a la gente, de controlarla, de tele-dirigirla, y de aspirar a la posesión del mundo.

Ellos responden tranquilamente que lo mismo se decía de los primeros cristianos.

Son numerosísimos, aunque no podemos citar cifras. Pero, en 1969, una asociación inglesa, que luchaba por una medicina más racionalista y por una condena más severa de las medicinas paralelas, los denunció. Inmediatamente, todos los cientólogos ingleses empezaron a inscribirse en la asociación, y pronto consiguieron la mayoría. Lo cual demuestra que deben ser bastante numerosos.

Algunos países hablan de prohibir la cientología; pero, que yo sepa, esto no se ha hecho en parte alguna. Los enormes medios materiales de que disponen los cientólogos les permiten inundar literalmente el mundo de periódicos, revistas y documentos. La matrícula de un curso de cientología no es cara; por tanto, los recursos del movimiento tienen otro ori-

gen. El consejo de administración de la sociedad, registrada en los diversos países según la legislación local, confiesa que es un negocio muy bueno. Pero sin precisar exactamente cómo funciona este buen negocio.

Uno de los dirigentes de la cientología inglesa declaró a la Prensa: «Si alguien trata de atacarnos, hacemos pesquisas a su respecto y descubrimos, con toda seguridad, alguna nota desfavorable, que ponemos en conocimiento del público.» Esto se ha producido efectivamente, e implica que, o bien la cientología posee una magnífica red de espionaje, o bien dispone de medios para valerse de las mejores agencias de detectives privados.

La cientología no parece hacer política, aunque se la acuse periódicamente de ser un nuevo nazismo o, al menos, una variedad del rearme moral. Esto no está demostrado. En cambio, sí que parece perfectamente establecido que la cientología atrae, no sólo a miembros de cultos marginales y de pequeñas sectas ocultas, sino también a creyentes de religiones tan arraigadas como el cristianismo o el marxismo. Progresa constantemente, tanto en número como en poder. Los que se burlaron de Hubbard, y yo entre ellos, tal vez rieron demasiado pronto. El fenómeno de la cientología es muy curioso y no ha sido aún suficientemente estudiado.

La cientología ha atraído a muchos autores de ciencia-ficción, entre los que destaca Van Vogt (1), quien, durante algún tiempo, abandonó la ciencia-ficción para ocuparse sólo de la cientología. Ésta no reniega de la dianética, pero le añade un contenido suplementario que sólo podemos calificar de visionario. Y es evidente que Hubbard, bajo su aspecto exterior de aventurero positivo y de ingeniero instruido, es un visionario. Parece ser que tuvo una visión cuando se hallaba en estado de muerte clínica,

(1) Autor del famoso best-seller *Le monde des X* (El Mundo de los X) (J'ai Lu n.º 362**).

y que tuvo otras con posterioridad. Por desgracia, no dijo gran cosa sobre ello, como tampoco sobre los dirigentes de la cientología, entre los que parecen figurar ciertos hombres de negocios, pero también, quizás, otras clases de personajes.

A nivel del contacto con el público, y también a nivel de la enseñanza elemental de la cientología, encontramos personas extraordinariamente convencidas y, según todas las apariencias, sinceras. No sabría decir con exactitud lo que ocurre a nivel superior. Siguiendo al filósofo Max Weber, suele llamarse «efecto carismático» a la influencia de un ser humano sobre otro. La cientología agrupa a personas que poseen un efecto carismático muy elevado.

Sea lo que fuere, los lazos que unen a los miembros de un grupo cientológico con su jefe, y la causa de la cientología en general, tiene un carácter fanático. Hasta el punto de que han sido formuladas numerosas denuncias contra los grupos.

Contrariamente a la Golden Dawn, la cientología se ha convertido en una central de energía que ejerce un poder real bastante inquietante. Cosa que jamás había hecho la dianética. Algo ha sido inyectado en la estructura de un movimiento que estaba decayendo y que no parecía más que una secta disidente y simplificadora del psicoanálisis; y este movimiento ha sido transformado en un instrumento utilizado con fines que aún no podemos discernir. El período de las bromas ha terminado, y podemos preguntarnos qué es lo que se ha introducido en la dianética para convertirla en un movimiento tan dinámico como la cientología.

Como en el origen de todas las religiones, existe un Libro. Con la diferencia de que este libro, *Excalibur*, en vez de ser difundido, se mantiene cuidadosamente oculto, como el talismán secreto de la nueva religión. El fenómeno es curioso, pues, en casos análogos, como el de los mormones o el de los babistas, el libro

fundamental —libro de Joseph Smith, para los mormones; profecías de Bab, para los babilistas— ha sido profusamente difundido. En lo que concierne a la cientología, asistimos, a la vez, a un esfuerzo de propaganda extraordinariamente moderno y a una organización que oculta un libro secreto que podríamos llamar condenado. No sabemos bien qué les ocurrió a las personas que lo leyeron: ¿se volvieron locas sólo por leerlo, o intentaron ciertos experimentos?

(Ahora voy a responder a una pregunta que me ha sido formulada con frecuencia: ¿por que no he intentado transformar el movimiento surgido de *El retorno de los brujos* (1) en una especie de parareligión? Diré, simplemente, que, dada nuestra ignorancia total de la dinámica de los grupos humanos, me parece muy peligroso impulsar nuevos movimientos parareligiosos. En un cuento admirable de Catherine McLean, *El efecto bola de nieve*, que traduje al francés, vemos a un grupo de solteronas que se dedican, en una pequeña ciudad americana, a recoger prendas de vestir, arreglarlas y darlas a los pobres. Unos sociólogos imprudentes inyectan a este grupo una estructura dinámica que actúa como una bola de nieve y atrae otros grupos. Y este microgrupúsculo acaba por conquistar el mundo. En mi opinión, esta clase de cosas es posible, y por esto he tenido buen cuidado en evitar toda tentativa de formación de una parareligión partiendo del movimiento surgido de *El retorno de los brujos*.)

A nivel popular, la enseñanza cientológica se parece bastante a la dianética primitiva, aunque bajo una forma más razonable. Pretende aumentar la intensidad de la conciencia en las personas tratadas, y tal vez lo consigue. Pero esto no ocurre siempre. Por ejemplo, el autor de obras de ciencia-ficción americano, Barry

(1) Publicado en esta editorial en las colecciones «Otros Mundos» y «Arca de papel».

Malzberg, refirió, a principios de 1971, que, al ver en el Metro de Nueva York unos carteles de propaganda de la cientología, resolvió tomar unas lecciones. Éstas no le produjeron el menor efecto; pero tal vez carecía de las buenas vibraciones iniciales...

Ignoro lo que se enseña a nivel superior. La literatura de promoción alardea de informaciones procedentes de la época en que la Tierra no era todavía una colonia perdida, sino que formaba parte del gran caudal de la Humanidad galáctica. Desde luego, esto parece cosa de ciencia-ficción, pero la bomba de hidrógeno y el viaje a la Luna también lo parecen. Habría que estudiar el asunto más de cerca.

También es interesante observar que la cientología se dice perseguida por personas que, en el fondo, son bastante semejantes a los que yo llamo «Hombres de Negro» y cuya existencia pretendo demostrar en este libro.

Aparte de Hubbard, que parece haberse retirado del circuito, por propia voluntad o involuntariamente, no se ve muy claro quién está detrás de la cientología. Aquí tropezamos con una curiosa paradoja: ¿por qué los hombres y las mujeres de la Golden Dawn, tan brillantes y a veces tan geniales, no consiguieron crear una central de energía? ¿Y por qué lo consiguieron los individuos anónimos de la cientología?

Pueden existir razones derivadas de la dinámica de los grupos. Tal vez no se puede formar un grupo reuniendo personas que tengan, todas ellas, una poderosa personalidad. Quizás es precisa una jerarquía que parece existir en la cientología y que tal vez no consiguiese hacerse respetar en la Golden Dawn.

También podemos decir, con cierta ironía, que la Golden Dawn se dirigía a una *élite* muy limitada de gentes excepcionales, mientras que la cientología va encaminada a personas absolutamente corrientes.

Algunos miembros de grupos cientológicos

me dieron una tercera respuesta: según ellos, la cientología triunfó porque es científica, mientras que la Golden Dawn no era más que un revoltillo de supersticiones y de prácticas mágicas.

Me resulta difícil aceptar como válida esta respuesta, porque la lectura de la documentación que difunde la propia cientología demuestra que no se trata en absoluto de ciencia, al menos en el sentido que solemos dar a esta palabra. Es una mística bastante parecida al freudismo. Igual que en éste, hay que aceptar sin discutir afirmaciones de las que no tenemos ninguna prueba. Por otra parte, así como la Golden Dawn pareció haber resuelto el gran misterio del despertamiento, no vemos nada semejante en la cientología. Sin embargo, ésta prospera, y lo hace según una estructura que se asemeja a aquella hacia la cual tendía la Golden Dawn.

Como en la Golden Dawn, se trata de apelar a fuerzas profundas y desconocidas que existen en ciertos campos que no puede alcanzar la psicología corriente, ni siquiera después de perfeccionada por Jung, y de los cuales ésta niega incluso la existencia. Para la Golden Dawn, eran «planos superiores» que existían por encima del estado de vigilia. Para la cientología, se trata de un super-hiper-inconsciente que se extiende en el pasado hasta una antigüedad que no puede explicar ningún código de genética razonable. Algunos documentos cientológicos hablan de setenta y dos millones de años. Lo cual parece mucho tiempo.

Naturalmente, es muy fácil tachar de aberración este género de idea, y yo mismo me siento tentado a hacerlo. Sin embargo, la existencia del fenómeno es indudable, y podemos preguntarnos hasta dónde llegará en su desarrollo.

La dinámica marxista de la Historia tampoco tiene base científica, según acaba de demostrar por enésima vez el Premio Nobel Jacques Monod, en *El azar y la necesidad*. Pero esto no

impide que la mitad de los hombres vivan bajo regímenes marxistas.

En ocasión de una mesa redonda sobre los viajes a la Luna, oí afirmar a un erudito islámico que la Luna estaba habitada. El viaje lunar no lo ha demostrado así, pero tampoco ha quebrantado el Islam.

En cuanto un grupo humano ha empezado a hacer bola de nieve bajo el efecto de fuerzas dinámicas de las que nada sabemos, es sumamente difícil, y tal vez imposible, detenerlo. En todo caso, no puede excluirse la posibilidad de que la cientología dé a cierta juventud lo que no han podido darle el izquierdismo y la LSD, y que, eventualmente, la veamos extenderse por la fuerza de las armas.

Por esto, la cuestión de saber con exactitud lo que hay en *Excalibur*, de saber hasta qué punto la doctrina secreta de la cientología, si es que hay tal, se deriva de un libro condenado, merece ser estudiada. Y no creo que se pueda resolver un problema de esta clase diciendo simplemente que Dios ha muerto y que hay que encontrar algo o alguien que lo sustituya. Creo que hubo químicos antes de que se descubriese el átomo y la teoría exacta de la química fundada en la mecánica ondulatoria.

De la misma manera, estoy persuadido de que hay practicantes de la dinámica de grupo incapaces de explicar lo que hacen, pero que a pesar de todo obtienen resultados, mientras que el sociólogo-científico sería completamente incapaz de hacerse elegir en un pueblo de cincuenta habitantes.

Creo que Hitler o Hubbard forman parte de este grupo de sociólogos aficionados que obtienen resultados sorprendentes de una manera absolutamente empírica.

Sin embargo, opino que estos practicantes sólo pueden actuar con eficacia si están respaldados por un grupo de organizadores o planificadores. Ahora, sabemos bastante bien cuál era el grupo que se encontraba detrás de Hitler; en

cambio, nada sabemos del grupo que está detrás de Hubbard y, sobre todo, de la financiación de la operación y de sus objetivos definitivos. Si existe realmente un libro condenado detrás de Hubbard, convendría que éste sacase una buena cantidad de fotocopias y las depositase en lugares seguros y repartidos en todo el mundo. Si no lo hace así, no me sorprendería que, el día menos pensado, su yate sufriese un accidente.

La falsedad de la teoría de Hubbard es casi segura; pero es posible que sus resultados sean exactos. No sería la primera vez que ocurriese una cosa así.

Todavía no se ha hecho ningún estudio sociológico sobre las personas atraídas por la cientología. La dianética, como el psicoanálisis, atrajo sobre todo a los locos. El propio Freud parece haber estado loco de atar, durante la primera fase de su carrera: practicaba la numerología y creía en las más toscas supersticiones. Se ha dicho que recobró la salud mental durante una segunda fase, después de haberse analizado él mismo; aunque dudo mucho de que esto sea cierto.

Como dijo acertadamente G. K. Chesterton: «El loco no es aquel que ha perdido la razón; el loco es aquel que lo ha perdido todo, salvo la razón.» ¿Empieza la cientología a entrar en una fase en la que atrae a masas de personas que podríamos llamar normales? ¿Y en qué proporción? Sería muy interesante saberlo.

Y me gustaría mucho echarle un vistazo a *Excalibur*, por mi propia cuenta y riesgo.

CAPÍTULO IX

EL CASO DEL PROFESOR FILIPOV

En la noche del 17 al 18 de octubre de 1903, el sabio ruso Mijaíl Mijáilovich Filipov fue hallado muerto en su laboratorio. Sin duda había sido asesinado por orden de la Ojrana, la Policía especial del zar. La Policía confiscó todos los papeles del sabio y, en particular, el manuscrito de un libro que había de constituir su 301.^a publicación. El zar Nicolás II examinó personalmente el legajo y, después, el laboratorio fue destruido por completo, y quemados los papeles.

El libro incautado se titulaba: *La revolución por la ciencia o el fin de las guerras*. No era un libro exclusivamente teórico. Filipov había escrito a sus amigos —y sus cartas debieron ser abiertas y leídas por la Policía secreta— diciéndoles que había hecho un descubrimiento prodigioso. En efecto: había encontrado la manera de transmitir por radio, en un haz dirigido de ondas cortas, el efecto de una explosión. En una de las cartas que fueron encontradas, decía textualmente: «Puedo transmitir en un haz de ondas cortas toda la fuerza de una explosión. La onda explosiva se transmite íntegramente a lo

largo de la onda electromagnética portadora, y esto hace que un cartucho de dinamita que estalle en Moscú pueda llevar su efecto hasta Constantinopla. Los experimentos que he realizado demuestran que este fenómeno puede producirse a miles de kilómetros de distancia. El empleo de un arma semejante en la revolución hará que los pueblos se levanten y que las guerras sean completamente imposibles.»

Se comprende que una amenaza de esta clase impresionase al zar y que se tomasen las medidas necesarias con las mayores rapidez y eficacia.

Pero, antes de entrar en los detalles del asunto, conviene dar algunos datos sobre el propio Filipov.

Sabio a todas luces eminente, había publicado el trabajo de Constantin Tsiolkovski titulado *Exploración del espacio cósmico por aparatos de reacción*. Sin Filipov, Tsiolkovski habría permanecido desconocido, y bien puede decirse que el «Sputnik I» y la astronáutica moderna son debidos indirectamente a Filipov. Éste tradujo igualmente al francés, dándola a conocer al mundo entero, la obra capital de Mendéleiev, *Bases de la Química*, donde se expresa la famosa ley de Mendéleiev acerca de una tabla periódica de los elementos.

Filipov fundó también una importantísima revista de vulgarización científica de alto nivel, la primera que se publicó en Rusia, y que se titulaba *Revista de la Ciencia*.

Era marxista convencido y se esforzaba en difundir las ideas marxistas, por muy peligroso que esto fuese a la sazón. Tolstói dice en su Diario, en las notas correspondientes al 19 de noviembre de 1900: «He discutido con Filipov sobre marxismo; es muy convincente.»

Pero Filipov no se limitó a ser un sabio, sino que fue también uno de los grandes escritores rusos. Alrededor de 1880, publicó *El sitio de Sebastopol*, novela que tanto Tolstói como Gorki consideraron admirable.

Cabe preguntar cómo una vida tan breve —Filipov fue asesinado a los cuarenta y cinco años de edad— pudo ser tan fecunda. Filipov redactó una enciclopedia entera, fundó una revista que reagrupó a todos los sabios rusos y publicó también artículos de escritores como Tolstói y Gorki. Trabajó durante toda su vida, no sólo por la difusión de la ciencia, sino también por la del método científico.

Su hijo, Boris Filipov, que vive aún, publicó una biografía de su padre: *El camino sembrado de espinas*, reeditada dos veces por «Ediciones de la Ciencia», de Moscú, en 1960 y 1969.

Filipov había estudiado también estética, en el plano marxista, y su obra, en este campo como en muchos otros, es considerada como clásica. Influyó mucho en Lenin, y existen motivos para creer que fue el autor de la famosa frase: «El comunismo es los Soviets más la electrificación.» Despertó en Lenin el interés por la investigación científica avanzada, y a él se debe, en parte, la expansión de la ciencia soviética.

Este es, pues, el personaje: vulgarizador científico, gran escritor, experimentador, teórico de las relaciones entre ciencia y marxismo, revolucionario convencido, vigilado por la Policía desde el asesinato del zar Alejandro II.

¿Qué pensar de la realidad de su invento? Recordemos, ante todo, que un invento muy parecido acaba de hacerse efectivamente en los Estados Unidos: la llamada, impropia, bomba de argón.

El principio de este invento es conocido: la energía producida por la explosión de un cartucho de dinamita o de un pedazo de plástico en un tubo de cuarzo comprime el argón gaseoso, que se hace intensamente luminoso. Esta energía luminosa es concentrada en un rayo láser y transmitida de este modo, en forma de luz, a gran distancia.

Ya se ha conseguido incendiar una maqueta de avión, de aluminio, a una altura de mil me-

tros. Actualmente, los aviones tienen prohibido sobrevolar ciertas regiones de los Estados Unidos, porque en ellas se realizan experimentos de esta clase. Y se confía en poder instalar este dispositivo en cohetes y servirse de él para incendiar otros cohetes, lo que constituiría un arma defensiva eficaz, incluso contra el cohete múltiple, portador de la bomba H.

Se ha realizado, pues, efectivamente, una forma incompleta del aparato de Filipov.

Desde luego, Filipov no conocía el láser, pero estudiaba las ondas ultracortas, de una longitud aproximada de un milímetro, que producía por medio de un generador de chispas. Publicó varios trabajos a este respecto. Ahora bien, incluso en la actualidad, las propiedades de esa clase de ondas son parcialmente desconocidas, y Filipov pudo muy bien encontrar la manera de convertir la energía de una explosión en un haz estrecho de ondas ultracortas.

Puede parecer sorprendente que un sabio aislado pudiese hacer un descubrimiento tan importante, descubrimiento que se ha perdido por completo. Pero existen varios argumentos contra esta objeción.

En primer lugar, Filipov no era un sabio aislado. Mantenía comunicación con las más grandes mentes científicas del mundo entero, leía todas las revistas y poseía una mente enciclopédica, capaz de operar en la frontera de varias ciencias y sintetizarlas.

Por otra parte, y a pesar de todo lo que se cuenta sobre los equipos científicos, sigue siendo cierto que son los individuos los que hacen los descubrimientos. Como decía Winston Churchill: «Un camello es un caballo puesto a punto por un comité.»

Los grandes descubrimientos de nuestra época, sobre todo en el campo de la Física, han sido obra de personas solas: el efecto Mössbauer, que permite la medición de longitudes muy pequeñas por medio de la radiactividad; el principio de no conservación de la paridad,

que transformó todo nuestro concepto del mundo, demostrando que la derecha y la izquierda son realidades objetivas en el microuniverso; el efecto Ovshanski, que permite fabricar cristales dotados de memoria. En cambio, grandes equipos como la C.E.A. o la C.E.R.N. no han descubierto absolutamente nada, aunque hayan gastado cientos de miles de millones. Filipov no andaba sobrado de dinero, pero tampoco tenía que someterse a formalidades administrativas para fabricar un aparato, y esto le permitió avanzar de prisa.

Téngase en cuenta, además, que Filipov trabajó en una época en que la ciencia de las hiperfrecuencias estaba sólo en sus comienzos, y los pioneros tienen, muchas veces, una visión muy clara de campos que no serán descubiertos hasta varios siglos después.

Por mi parte, estoy convencido de que Filipov realizó en el laboratorio experimentos concluyentes que demostraban que su procedimiento podía ser generalizado.

Hagamos, por un momento, el papel de abogado del diablo, y preguntémonos si el zar de Rusia, Nicolás II, al ordenar el asesinato de Filipov y la destrucción de su libro y sus papeles, no salvó al mundo de la aniquilación.

La cuestión merece ser examinada. Filipov fue asesinado en 1903. Si hubiese publicado su procedimiento, éste habría estado a punto y en condiciones de ser utilizado durante la guerra de 1914-1918. Y todas las grandes ciudades de Europa, y tal vez de América, posiblemente habrían sido destruidas.

¿Y qué hubiera pasado durante la guerra de 1939-1945? Si Hitler hubiese conocido el procedimiento de Filipov, ¿no habría destruido completamente Inglaterra? Y los americanos, ¿no habrían aniquilado el Japón?

Mucho es de temer que tengamos que responder afirmativamente a estas preguntas. Por consiguiente, es posible que el zar Nicolás II, generalmente vilipendiado, deba figurar entre los

salvadores de la Humanidad.

¿Qué pasaría hoy si alguien descubriese la manera de utilizar el procedimiento de Filipov para transmitir a distancia la energía de las explosiones nucleares, de las bombas A y H? Sería, evidentemente, el apocalipsis y la destrucción total del mundo.

Este punto de vista, ya se trate del invento de Filipov o de otros inventos, empieza a ser compartido por muchos. La ciencia moderna confiesa que se ha vuelto, hoy, demasiado peligrosa, y ya hemos citado en el prólogo las advertencias formuladas por sabios eminentes.

Son unas advertencias muy graves. Por lo demás, los dirigentes del movimiento «Sobrevivir», profesores Grothendieck y Chevalley, no se conforman con esto, sino que pretenden aislar completamente la ciencia e impedir toda colaboración entre sabios y militares. Puestos en esta tesitura, habría que impedir también la colaboración de los sabios con los revolucionarios, sea cual fuere el matiz político de éstos. ¡Imaginemos a unos contestatarios que, en vez de colocar bombas de plástico en las puertas de las casas, hiciesen volar por los aires, gracias al procedimiento de Filipov, el Elíseo o Matignon!

El invento de Filipov, empleado con fines militares o revolucionarios, me parece ser de aquellos que pueden aniquilar por entero una civilización. Los descubrimientos de este orden no deben difundirse.

Y, sin embargo, pueden tener también aplicaciones pacíficas. Gorki publicó una entrevista que sostuvo con Filipov, y lo que más le había impresionado era la posibilidad de transmitir la energía a distancia y, de este modo, industrializar rápidamente los países que tenían necesidad de ello. Pero no hablaba en absoluto de una aplicación militar.

Glenn Seaborg, presidente de la comisión americana de energía atómica, anunció recientemente posibilidades análogas: una energía

que vendría del cielo en un haz de ondas y que permitiría industrializar casi de repente un país en vías de desarrollo, sin producir la menor contaminación. Tampoco habla él de aplicaciones militares, pero esto se debe sin duda a que no está autorizado para hacerlo.

La extraordinaria personalidad de Filipov interesa cada día más al público soviético y a los escritores. El gran poeta Leónidas Martinov le dedicó, no hace mucho, un poema titulado *La balada de San Petersburgo*.

Constantemente se producen hechos nuevos. Uno de ellos, realizado en 1969, destruyó una hermosa leyenda.

En la *Revista de la Ciencia*, aparecieron unas críticas de libros firmadas por V. Ul, y se pensó que esta firma correspondía a Vladimir Uliánov, es decir, al propio Lenin. Habría sido interesante establecer, de este modo, una relación directa entre Lenin y Filipov. Desgraciadamente, la investigación moderna ha demostrado que tales críticas fueron obra de cierto V. D. Ulrich. Una verdadera lástima, pues la revista habría podido enorgullecerse de haber contado con la colaboración de Lenin.

Pero Lenin conocía a fondo la obra de Filipov, que, ciertamente, influyó mucho en él. El célebre pasaje de *Materialismo y empiriocriticismo*, sobre el carácter inagotable del electrón, procede directamente de un trabajo de Filipov.

Filipov, además de sabio descoso de publicar, era un revolucionario. Como ya hemos indicado, habría revelado su descubrimiento sobre la transmisión de la energía de la explosión, que había de constituir el tema de la 301.ª publicación, y lo hubiese hecho sin darse cuenta de que, con ello, iba a destruir el mundo.

Pues pensar, como parecía pensar él, que los pueblos, provistos del arma que se aprestaba a darles, iban a destronar a los reyes y los tiranos, y a establecer, gracias al marxismo, la paz universal, parece una idea bastante ingenua.

Actualmente, estamos bajo la amenaza de una

guerra entre los dos colosos marxistas: la URSS y China. Si ambos disponen de una bomba H transportada por cohete, los daños serán considerables. Si ambos vuelven a inventar el dispositivo de Filipov, se destruirán mutuamente. Ahora bien, el paso no es muy largo entre la bomba de argón y el dispositivo de Filipov.

Por esto hay que esperar que el conflicto entre la URSS y China, que algunos consideran inevitable, no llegue a producirse nunca.

Pero el problema de la aplicación de las ciencias y las técnicas a la guerra conserva toda su importancia. La mayor parte de los congresos científicos llegan, cada vez con más frecuencia, a la conclusión de que hay que sofocar ciertos descubrimientos y volver, más o menos, a la actitud de los antiguos alquimistas. En otro caso, el mundo perecerá.

Esto no es justificación de la idea de los «Hombres de Negro», sino reconocimiento de un problema existente.

Fred Hoyle, abordando el problema desde otro ángulo, escribe en *Des hommes et des galaxies* («Buchet Chastel»):

«Estoy persuadido de que se pueden escribir cinco líneas, y no más, que destruirían la civilización.»

En la actualidad Hoyle es, sin duda alguna, el hombre mejor informado del planeta en todo lo referente a la ciencia moderna y a lo que ésta es capaz de hacer.

Creo, pues, que el caso Filipov constituye una nueva fase, importante, de la historia de los libros condenados.

En vez de remontarse a un saber muy antiguo, el manuscrito de Filipov daba la clave de descubrimientos muy modernos, fundados en la experiencia y también en las teorías generales de Marx. Filipov era una mentalidad realmente enciclopédica, que sabía todo lo que podía saberse sobre ciencias en 1903. Por esto hizo su descubrimiento, descubrimiento que fue causa de su muerte.

Podemos preguntarnos si otros descubrimientos análogos no han sido deliberadamente disimulados y destruidos.

El presidente Richard Nixon ordenó recientemente la destrucción de todos los depósitos de armas bacteriológicas fundadas en la utilización de microbios y virus. ¿Ordenó también que se destruyesen los archivos sobre estas materias? Nada menos seguro, y tal vez surgirá un día un sabio americano que escoja la libertad y publique sus trabajos, permitiendo de este modo fabricar lo que Sir Ritchie Calder bautizó con el nombre de «el microbio del juicio final».

Hay que reconocer que quienes destruyesen este manuscrito serían unos bienhechores de la Humanidad.

La gente se ha burlado mucho del secreto militar. Éste es a veces ridículo, pero, en ocasiones, puede impedir la divulgación de armas extraordinariamente peligrosas.

Por la misma razón, es evidente que no deben difundirse los secretos alquímicos. Si se puede fabricar una bomba de hidrógeno en un hornillo de gas, cosa que personalmente creo posible, es preferible que el procedimiento de fabricación no sea dado al público.

Pues es buena cosa vivir en un período contestatario, a condición de que los daños que pueda producir la rebelión sean limitados. Si cada grupo o cada pequeño país contestatario es capaz de destruir París o Nueva York, para expresar su protesta, la civilización durará poco tiempo.

Ya que no debemos olvidar que, en nuestros días, cualquier persona puede, con inversiones mínimas, montar un laboratorio que habrían envidiado Curie o Pasteur. Hay quien ya fabrica en su casa la LSD o la fenilciclidina, droga que es aún mucho más peligrosa.

Si alguien conociese, en la actualidad, el secreto de Filipov, encontraría sin duda alguna en el comercio todas las piezas sueltas necesarias para construir el aparato, y podría, sin ningún

riesgo personal, hacer saltar por los aires, a muchos kilómetros de distancia, a las personas que le resultasen antipáticas.

Personalmente, tengo también mi lista de personas que me disgustan y de edificios que me parecen odiosos y que me gustaría mucho eliminar. Pero, si cualquiera pudiese conseguir este resultado, con plástico robado en las obras de construcción y con un proyector Filipov de confección casera, nos resultaría difícilísimo sobrevivir.

Existen, según se dice, listas de inventos demasiado peligrosos. Una de ellas, establecida por militares franceses, se cree que contiene no menos de 805 artículos. Si alguien redactase un texto comprensivo de todos ellos, y lo publicase, batiría la marca de los libros condenados.

También cabe imaginar un manuscrito a lo Fred Hoyle, que no contendría inventos peligrosos, sino ideas peligrosas, esas «frases de cinco líneas» que pueden cambiar el mundo. Si alguien lo redacta, puede dedicarlo a la memoria de Mijaíl Mijáilovich Filipov.

CAPÍTULO X

LA DOBLE HÉLICE

La obra del profesor James D. Watson, *La doble hélice* (1), ha sido traducida a muchos idiomas.

Entonces, ¿por qué he escogido esta obra para terminar un ensayo sobre los libros condenados? Porque ha estado dos veces a punto de desaparecer de la circulación: la primera, porque nadie quería editarla; la segunda, porque nadie se avenía a comentarla.

Y también porque la aventura de esta obra nos ilustra sobre la naturaleza de la censura, los motivos de las prohibiciones e incluso la naturaleza de la misma ciencia.

Empecemos por el personaje. El profesor James D. Watson nació en Chicago, en 1928. En 1950, consigue el doctorado en ciencias, en la Universidad de Indiana, y, seguidamente, trabaja en Copenhague y en Cambridge, donde hace extraordinarios descubrimientos en el campo de la herencia. En 1962, comparte el Premio Nobel con los profesores Francis Crick y Maurice Wilkins, por su descubrimiento de la estructura

(1) Colección «La vida es rfo». Plaza & Janés.

molecular del ácido «hereditario» ADN. La molécula de este ácido forma una doble hélice (hay que advertir, y esta observación es mía y no hay que atribuirle al profesor Watson, que esta hélice guarda un extrañío parecido con el caduceo, antiguo símbolo de la Medicina).

Este descubrimiento es considerado generalmente como uno de los más importantes del siglo. Condujo a una interpretación del código genético y abre la puerta al control de la herencia y de las mutaciones por la inteligencia humana.

Refiriéndose a esta clase de investigaciones, clasificadas bajo el título de biología molecular, Fred Hoyle pudo escribir: «Dentro de veinte años, los físicos, que sólo hacen inofensivas bombas de hidrógeno, trabajarán en libertad. En cambio, los biólogos moleculares trabajarán detrás de alambradas electrificadas.»

El relato de este gran descubrimiento, hecho por uno de sus autores, hubiese debido, según todas las probabilidades, constituir un éxito formidable. Sin embargo, cuando aparecieron fragmentos del libro en el *Atlantic Monthly*, los lectores parecieron volverse locos, y, cuando circuló el manuscrito, la locura se convirtió en furor.

Pues el profesor Watson metía los pies en el plato y los agitaba sin consideraciones. En su libro, la clase científica, lejos de aparecer como una agrupación de almas nobles en busca de la verdad, parecía una guarida de bandidos, donde cada cual hacía víctima a su vecino de los trucos más detestables. Uno se habría creído en el seno del partido bolchevique o de la mafia, más que en el de la ciencia, según se imaginaba a ésta.

Cierto que las teorías de esta clase no eran nuevas; Georges Duhamel y Jules Romains ya habían hecho descripciones por este estilo. Pero era la primera vez que un sabio auténtico y genial, premio Nobel, prendía fuego a la mecha. Por añadidura, el libro no terminaba con una

noble prosopopeya de la verdad en marcha, ¡sino con la imagen del doctor Watson disponiéndose a rastrear en Saint-Germain-des-Près!

Se trató de ejercer todas las presiones posibles sobre los editores. Trabajo perdido. Entonces, los sabios hicieron circular la consigna de no comentar el libro. Un científico eminente declaró a la gran revista inglesa *Nature*: «Les sería más fácil encontrar un clérigo dispuesto a comentar un libro pornográfico que un sabio que accediese a hablar de *La doble hélice*.»

Hay que leer La doble hélice.

Por esto, no citaré prolijamente el libro.

Observemos, sólo, que el profesor James D. Watson dice, con mucha razón:

«Contrariamente a la idea popular sostenida por los periódicos y por las madres de los sabios, un número considerable de estos sabios son, no ya mezquinos de espíritu y nada graciosos, sino también completamente idiotas.» Lo cual me recuerda el comentario de un eminente amigo que había participado en una reunión de la Fundación Nobel en la que estaban presentes 18 Premios Nobel, y que me dijo al regresar: «El porcentaje de cretinos entre los Premios Nobel es el mismo que en cualquier otra parte.»

En *La doble hélice*, no vemos sólo cretinos. Vemos también personas sin escrúpulos que luchan por el poder, que deslizan picos de plátano bajo los pies de los que tienen ideas nuevas y que dan más importancia a sus odios personales que a los intereses de la ciencia. Lo único que cuenta para ellos son los honores y las recompensas.

En cuanto al joven profesor Watson —tenía veinticinco años en el momento de su descubrimiento—, no oculta que lo esencial de su actividad está consagrado al trato de las encantadoras jóvenes que llegan a Inglaterra.

Conozco a muchos científicos que de buen grado retorcerían el cuello al profesor Watson; pero, desgraciadamente para ellos, ya es dema-

siado tarde. Las tentativas de hundir el libro fracasaron, y Watson pudo expresarse con toda franqueza. En el prólogo, Sir Lawrence Bragg, eminente especialista en rayos X e hijo del sabio que descubrió la difracción de estos rayos, trata de salvar la situación: «Quienes figuran en el libro —escribe— deben leerlo con espíritu muy indulgente. Las cuestiones eran a menudo más complejas, y los motivos de quienes tenían que enfrentarse a ellas eran menos tortuosos de lo que se creyó en el momento.»

Es muy posible que fuese así. Pero esto no empece que el libro sea de una franqueza que desarma. Watson escribe de su colega Francis Crick: «Jamás le he visto en un momento de humildad.» Y, más adelante, refiriéndose también a Crick: «Habla más de prisa y con voz más fuerte que cualquier otro, y basta con que se ponga a hablar para que se le oiga en todo Cambridge.»

Desde luego, unos cuantos retratos de esta clase agradaron a todo el mundo; pero para emplear una frase de la jerga publicitaria, fue sobre todo la marca de fábrica de la ciencia y de los sabios la que recibió un golpe del que se repondrá difícilmente, si es que llega a reponerse.

En otra época, o en otras circunstancias políticas, o bajo otros regímenes, el libro no se habría publicado y Watson se habría encontrado en un campo de concentración, como le pasó en la URSS al genético Vavilov.

Watson destruye de pasada cierto número de tópicos. Por ejemplo, el mito del trabajo en equipo: dos o, como máximo, tres sabios, con poco material y pocos diplomas (Francis Crick no era siquiera doctor cuando descubrió con Watson la estructura del ADN), realizaron uno de los más grandes descubrimientos de todos los tiempos.

El mito de las matemáticas aplicadas se derrumba igualmente: Crick y Watson utilizaron cálculos que no pasaban de la regla de tres,

mucho sentido común y unos cuantos modelos estilo mecano que hacían construir por un mecánico. Ni que decir tiene que no emplearon ningún tipo de ordenador.

El profesor Watson enseña ahora biología molecular y bioquímica en la Universidad de Harvard (Estados Unidos), donde sigue, probablemente, haciendo de las suyas. Ha descubierto el instrumento más poderoso de que dispone en la actualidad la Humanidad. Pues se puede confiar en modificar la estructura del ADN y, mediante la introducción del ADN modificado en un organismo humano, producir seres humanos mejores desde el punto de vista fisiológico.

Un rasgo simpático de Watson es que se abstiene de toda falsa modestia. Escribe, con sencillez: «Hemos descubierto el secreto de la vida.» Y tiene razón; es, sin duda alguna, el gran secreto que permitirá a la especie humana controlar su propia herencia.

Ciertos sabios consideran que, no sólo el libro de vulgarización de Watson, sino también su trabajo propiamente científico, hubiesen debido ser destruidos. Un eminente biólogo Sir McFarlane Burnet, escribe: «Hay cosas que no deberían ser conocidas, porque son demasiado peligrosas para el ser.» En cambio, otros genéticos sostienen la opinión de que hay que seguir adelante a toda máquina. El Premio Nobel Marshall W. Nirenberg escribe: «Creo que, dentro de veinticinco años, se programarán células humanas con mensajes sintéticos, y, dentro de sólo cinco años, células bacterianas.»

Esto lo escribió en 1969, y todo se deriva de trabajos realizados por dos jóvenes que disponían de muy pocos medios! Pero tenían valor e ideas. Por esto *La doble hélice* propinó un golpe muy duro a la ciencia respetable y al *big business* científico, llamado también megaciencia.

Este libro demuestra que lo que cuenta no son los créditos —Watson no dispone casi nun-

ca de más de cien dólares—, sino la inteligencia. Y uno no puede dejar de preguntarse por qué las enormes organizaciones de la megaciencia, que gastan los dólares a miles de millones, no obtienen resultados, mientras unos cuantos jóvenes transforman el mundo desde un laboratorio venerable, que lleva el nombre ilustre y misterioso de Cavendish.

Crick ironiza a propósito de esas reuniones a las que asisten 2.000 bioquímicos que hablan, hablan sin parar, mientras todo el mundo se duerme. Y, entre los raros académicos que no son somníferos, menciona al francés Jacques Monod, que, más tarde, obtuvo el Premio Nobel y escribió una obra notable: *El azar y la necesidad*, que ya he tenido ocasión de citar.

Observemos que Watson descubrió también algo completamente nuevo: los sexos de las bacterias, cuya existencia había permanecido hasta entonces ignorada. Todos sus libros, todas sus publicaciones, están llenos de ideas nuevas.

Y aquí es donde se plantea el verdadero problema, superior incluso a la propia *doble hélice*: el problema del aplastamiento y la censura de los descubrimientos, el problema de los «Hombres de Negro». Bertrand Russell escribe, con mucha razón: «Los hombres temen al pensamiento original más que a nada en el mundo, más que a la ruina, más que a la propia muerte.» Pues bien, este pensamiento original se manifiesta en *La doble hélice* con más energía que en cualquier otro libro reciente, y yo creo que esto, más que la descripción de los odios y las luchas del mundo científico, es lo que ha inquietado y sigue inquietando a la gente.

Las consecuencias del descubrimiento de Watson y sus amigos han sido estudiadas por grupos de especialistas que han redactado una tabla, la cual puede verse en el libro de G. Rattray Taylor *La revolución biológica*. Una tabla bastante parecida ha sido también fijada por los expertos de la «Rank Corporation».

Primera fase: hasta 1975:

- Trasplante sistemático de miembros y de órganos.
- Fertilización de óvulos humanos en tubos de ensayo.
- Implantación de óvulos fertilizados en la mujer.
- Conservación indefinida de los óvulos y los espermatozoides.
- Determinación del sexo a voluntad.
- Retraso indefinido de la muerte clínica.
- Modificación del pensamiento por medio de drogas y regulación de los deseos.
- Eliminación de recuerdos.
- Placenta artificial.
- Virus sintéticos.

Segunda fase: hasta el año 2000:

- Reconstrucción de la personalidad.
- Control de la memoria y nueva implantación de recuerdos.
- Organismos completamente reconstruidos.
- Hibernación.
- Prolongación de la juventud.
- Organismos monocelulares fabricados sintéticamente.
- Regeneración de los órganos.

Tercera fase: después del año 2000:

- Supresión de la vejez.
- Síntesis de organismos vivos completos.
- Cerebros separados del cuerpo.
- Asociación del cerebro con el ordenador.
- Extracción e injertos de genes.
- Enlaces entre cerebros.

La paranoia o manía persecutoria es una enfermedad mental que nos amenaza a todos. Por esto no hay que pecar de imprudente al imaginar vastas conspiraciones de ámbito mundial y a lo largo de toda nuestra Historia.

Sin embargo, creo que, si existieron otras civilizaciones antes que la nuestra, y si fueron destruidas por un abuso de los poderes de la ciencia y de la técnica, el recuerdo de estas civilizaciones y de su muerte puede inspirar muy bien una conspiración encaminada a evitar que se repitan tales catástrofes.

Una ideología de esta naturaleza puede encontrarse sin dificultad en los escritos de Joseph de Maistre, de Saint-Yves d'Alveydre o de René Guénon. Esta ideología consiste en admitir la existencia de una Tradición más antigua que la Historia, y de centros poseedores de esta Tradición, fuertemente protegidos; para ella, la ciencia, las técnicas y los conocimientos de toda clase constituyen un peligro permanente.

Es una ideología totalmente reaccionaria. Pero hay sobrados ejemplos, en la Historia, de hombres u organizaciones en el poder que sostuvieron estas teorías hipertradicionales, para que podamos imaginar que una organización secreta los pone en movimiento.

Podrían encontrarse manifestaciones visibles

de esta organización en la Inquisición, el nazismo y el lysenkismo. Sobre este último punto, conviene leer el libro de Madvedev, *Grandeza y caída de Lysenko*. Libro condenado en su propio país, pues no sólo se prohibió su publicación, sino que su autor fue detenido el 29 de mayo de 1970 e internado en un hospital psiquiátrico, a pesar de que estaba mentalmente sano. Fue puesto en libertad el 18 de junio del mismo año, gracias a la acción conjunta de todos los sabios soviéticos. Y esto ocurre en nuestros días, en 1970, y no en el pasado más o menos remoto en el que se sitúan la mayoría de los acontecimientos relatados en este libro. Como vemos, los «Hombres de Negro» no carecen de medios de acción.

El crimen de Jaurés Madvedev, eminente biólogo soviético, fue, según ellos, denunciar el lysenkismo. ¿Qué era esto? T. D. Lysenko, charlatán autodidacta y fanático, apoyado por los políticos y principalmente por Stalin, había forjado una biología tan completa como falsa, inventada por él, y destruido la ciencia genética en la URSS. Sobre todo, impidió el descubrimiento en la URSS de la doble hélice del ADN del cual estaban muy cerca los rusos. Los genéticos soviéticos fueron exterminados en los campos de concentración. Un destino que muchos habrían querido para el profesor Watson y sus amigos.

Sólo muy recientemente ha empezado a renacer la genética soviética y han sido rehabilitadas las víctimas de Lysenko. En cuanto a éste, goza de libertad y jamás ha tenido preocupaciones. En los tiempos de su gloria, la Coral del Estado soviético cantaba este himno en su honor:

*Toca alegremente, acordeón,
Que yo canto con mi amiga
La gloria eterna del académico Lysenko
Mitchurin, que abrió el camino
Y lo sigue con paso resuelto.
Gracias a él, no volverán
A embaucarnos los mendelianos-morganistas.*

En la misma época, se asesinaba a los genéticos en los campos de concentración stalinistas.

No podría afirmar con certeza que Lysenko fuese miembro de una organización de los «Hombres de Negro». En todo caso, es un buen ejemplar de éstos. Y estoy convencido de que tal organización existe.

En la actualidad, investigo una manifestación relativamente reciente del poder de esta organización, y, aunque los resultados que he obtenido hasta ahora no son completos ni definitivos —¿lo serán algún día?—, están, empero, llenos de interés.

Desde finales de 1943 hasta el armisticio del 8 de mayo de 1945, existió en Italia una república dirigida por Mussolini. La historia secreta de esta república es mucho menos conocida que la del III Reich. Mussolini, como Hitler, tenía a su disposición consejeros ocultos, magos negros. Éstos viven aún, pero las leyes contra la difamación impiden citar sus nombres.

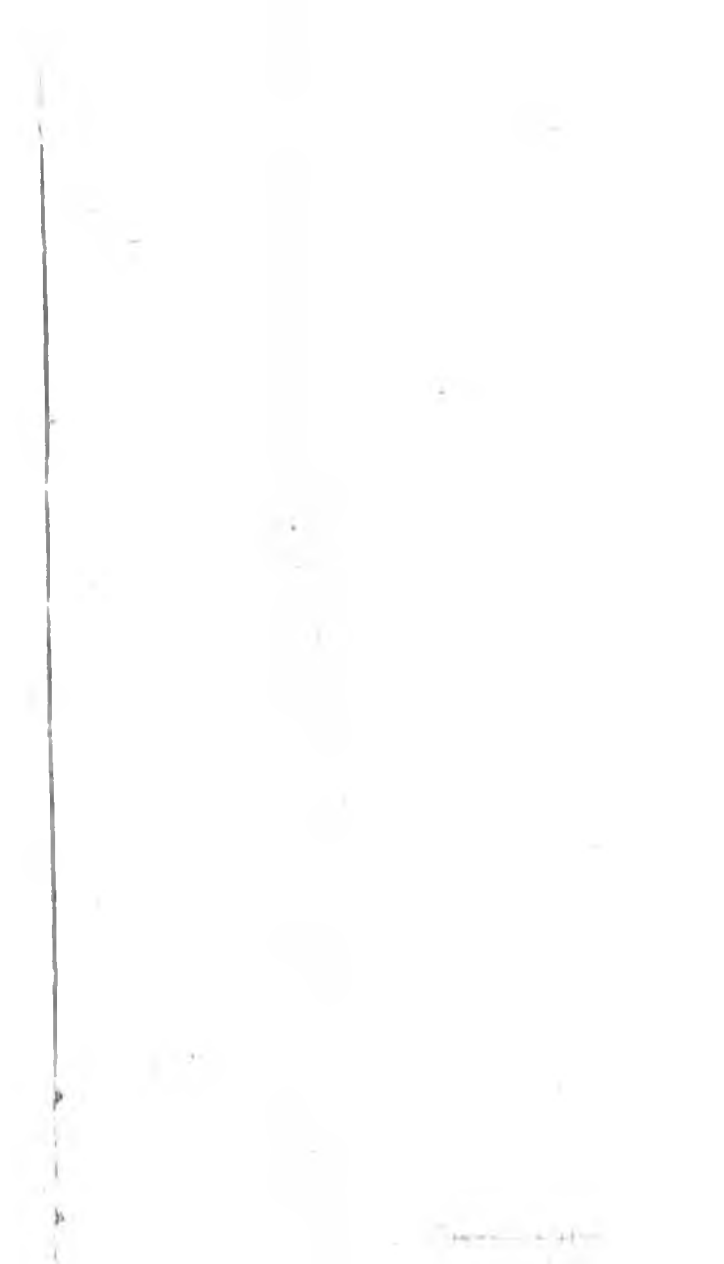
Por orden de dos de ellos, una unidad especial fascista quemó, en 1944, 80.000 libros y manuscritos pertenecientes a la Sociedad Real del Saber, de Nápoles. La operación tuvo por objeto impedir que documentos mágicos de considerable importancia cayesen en manos de los Aliados.

Algunos de estos documentos eran antiguos; otros, modernos, se referían a investigaciones mágicas realizadas en tiempos de Mussolini, y lo que he podido averiguar sobre estos estudios es lo bastante apasionante como para hacerme

INDICE

	Págs.
	Págs.
PRÓLOGO	
LOS HOMBRES DE NEGRO	7
CAPÍTULO PRIMERO	
EL LIBRO DE TOTH	15
COMPLEMENTO: CÓMO ENCONTRÓ NE- FER KA PTAH EL <i>LIBRO DE TOTH</i> .	27
CAPÍTULO II	
LO QUE SE DESTRUYÓ EN ALEJAN- DRÍA	29
COMPLEMENTO: ¿Y LAS PIRAMIDES? .	39
CAPÍTULO III	
LAS ESTANCIAS DE DZYAN	41
CAPÍTULO IV	
EL SECRETO DEL ABAD TRITEMO . .	53
CAPÍTULO V	
LO QUE VIO JOHN DEE EN EL ESPE- JO NEGRO	63
CAPÍTULO VI	
EL MANUSCRITO VOYNICH	75
CAPÍTULO VII	
EL MANUSCRITO MATHIERS	87

CAPÍTULO VIII	
EL LIBRO QUE VUELVE LOCO <i>EXCA-</i> <i>LIBUR</i>	99
CAPÍTULO IX	
EL CASO DEL PROFESOR FILIPOV . .	111
CAPÍTULO X	
LA DOBLE HÉLICE	121
Epílogo	131



A lo largo de la Historia han sido destruidos por el fuego no pocos libros de contenido prodigioso, mientras que otros se hicieron inaccesibles al público, gracias a métodos de escritura cifrada. Este es el caso del «Libro de Toth», de las «Estancias», de Dzyan, del manuscrito Voynich y de Excalibur, el libro que vuelve loco. Estas obras son estudiadas aquí por Jacques Bergler, el cual examina también el motivo de las destrucciones masivas de obras esotéricas, como en el caso del incendio de la Biblioteca de Alejandria. Se impone una conclusión: existe una conspiración contra cierto tipo de saber, erróneamente llamado «oculto», una conspiración que abarca todos los países y se manifiesta en todas las épocas. ¿Quién quema, pues, los libros condenados?



Otros títulos:

- POEMAS - Miguel Hernández
- DON CAMILO Y LOS JOVENES DE HOY - Giovanni Guareschi Novela
- RECUERDOS DEL FUTURO - Erich von Daniken
- BREVE HISTORIA DE RUBIA - Alan Earl
- MUNDO ROTO - Fernando Soto Aparicio Novela
- LA BALA PERDIDA - Juan Arcocha Novela
- EL AYUDANTE DEL VERDUGO - Mario Laoruz Novela
- FAHRENHEIT 451 - Ray Bradbury Novela
- CUENTOS DE LAS MIL Y UNA MAÑANAS - Colette
- HIJOS DEL VIENTO (HUAIRAPAMUSHCAS) - Jorge Icaza Novela
- PASAJERO EN CHINA - John Kenneth Galbraith